

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA



MUSEO UNIVERSAL

PERIÓDICO

DE CIENCIAS, ARTES, LITERATURA, INDUSTRIA Y CONOCIMIENTOS ÚTILES.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

EN MADRID.—Un año 25 pesetas; seis meses 13; tres meses 7.—EN PROVINCIAS.—Un año 28 pesetas; seis meses 15; tres meses 8.—PORTUGAL.—Un año 5,640 reis; seis meses 3,200; tres meses 1,800.—EXTRANJERO.—Un año 35 francos; seis meses 18; tres meses 10.

AÑO XIV.—NÚM. 9.º

Abril 25 de 1870.

Editor y director, D. Abelardo de Carlos.
ADMINISTRACION CALLE DEL ARENAL, NÚM. 16, MADRID.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

HABANA Y PUERTO RICO.—Un año, ps. fs. 7,50; seis meses 4,50.—Números sueltos, fijan el precio los Agentes.—FILIPINAS Y DEMAS AMERICAS.—Un año ps. fs. 10; seis meses 6.—Números sueltos, fijan el precio los Agentes.

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica, por Julio Nombela.—Nubes pardas, por don Juan García.—Don José Puig y Llagostera, por don Carlos Frontaura.—La Semana Santa, en Sevilla.—Los sucesos de Gracia.—Mr. Layard, por don Juan F. Riaño, de la Academia española.—Animales justamente célebres, por don José Selgas.—Puerta del Baptisterio de San Juan en Florencia.—La catedral de la Habana.—Un cuadro de Luis Dalmau, por don José Puigari.—Las autoridades de Cuba, por don Alejandro Benisa.—Libros nuevos.—ALBUM POÉTICO: El Rocio, por don José Selgas.—A una niña, por don José F. Sammartín y Aguirre.—¡Alas! (imitación de Víctor Hugo, por don Nicamor Zurcalday.—Vendedora de arena en Barcelona.—Revista científica é industrial, por don E. Huelin.—Un huésped del jardín zoológico de Londres.—Ajedrez.
GRABADOS.—Bombardeo de Gracia.—Don José Puig y Llagostera.—Aspecto de la calle Mayor de Gracia después de concluida la lucha.—Procesión en Sevilla el Domingo de Ramos.—

Mr. Layard, ministro actual de Inglaterra en España.—Barriada delante de la España industrial.—Puerta oriental del Baptisterio de San Juan en Florencia.—Vendedora de arena en Barcelona.—La catedral de la Habana.—Despacho de billetes en la estación del Mediodía en Madrid, con motivo de la feria de Sevilla.—La mona Jenny.

CRÓNICA.

Los españoles.—Receta para conseguir de ellos con maña lo que no se logra por la fuerza.—La Semana Santa.—Las posesiones de los políticos.—El campo.—Vuelta á la política.—Los sucesos de Gracia.—Un velocipede y mi casamiento.—El plebiscito en Francia.—Cosas de fuera.—Saintete.

Cuando el inolvidable tenor Mario vino á Madrid por la primera vez, creyó que los españoles eran tan sumisos como los franceses.

Salió á cantar, y al verse entre bastidores envuelto por el humo de los cigarros de los asistencias y comparsas, llamó al autor de la compañía.

—Es indispensable que no se fume en el escenario, dijo.

—Dificilillo es eso, contestó el *regisseur* que conocía á su gente.

—No importa, lo mando.

—Muchachos, dijo el jefe, no se fuma.

—¿Por qué?

—Porque no quiere el señor Mario.

Esto bastó para que aquella noche y las siguientes fumasen hasta los que más horror tenían al tabaco.

Mario tenía talento, y el talento es siempre un poderoso talisman.



BOMBARDEO DE GRACIA.

—Yo lograré lo que deseo, se dijo, y adquirió un par de cajones de riquísimas brevas.

Por la noche llamó á su cuarto á los fumadores: —Veo, les dijo, que no pueden ustedes prescindir de fumar... y lo siento, porque van ustedes á arruinarme. Aquí hay habanos: tomen ustedes de ellos, y al menos, el humo será aromático.

—Cá... no señor, dijeron algunos un si es no es avergonzados.

—Nada, nada, á fumar todo el mundo, añadió el tenor.

Aquella noche no fumó nadie en el teatro, y el artista logró que mientras estaba en escena no se quemase tabaco en el escenario.

Esta anécdota viene de molde para explicar lo que ha pasado este año en España, y sobre todo en Madrid, con motivo de las prácticas religiosas de la Semana Santa.

Dice Suñer y Capdevila que no hay Dios; un desconocido anuncia un folleto negando que haya infierno; llama un padre de la patria monserga á la Santísima Trinidad; pretende un ciudadano entrar en una iglesia sin apearse de su burro; otro ciudadano, en uso de su autonomía, fusila á una imagen de la Virgen; levántase la prohibición de circular á los carruajes durante el Jueves y Viernes Santo; hay libertad completa; los españoles pueden pasar esos días que el catolicismo consagra á la conmemoración de la Pasión de Cristo entregados á la más completa indiferencia, y sin embargo, renuncian á la moda de la impiedad, y dan al mundo un espectáculo edificante.

Los templos obtienen de la caridad pública recursos para celebrar con la misma solemnidad que otros años las fiestas religiosas; las familias se esmeran en protestar contra el politeísmo y acuden á las iglesias, y el fervor es más vehemente que nunca, y las empresas de los coches de alquiler renuncian á sus ganancias, y todo en Jueves y Viernes Santo recuerda aquellos días de recogimiento y misticismo, aquellos días de dulce tristeza en los que la unidad católica era uno de los más ricos florones de la monarquía cristiana de España.

¿Qué habrán pensado los ateos ante este consolador espectáculo?

—¡Que este es un país perdido! habrán dicho; y sin embargo, la única esperanza de su salvación es la que en estos días ha venido á probar una vez más que el catolicismo, no solo no excluye la verdadera libertad, sino que purifica y engrandece esta conquista de la honradez, de la educación y de la moralidad de los pueblos.

Durante la Semana Santa la política ha callado; la cruz ha hecho huir al diablo.

Los periódicos nos regalaron el oído anunciándonos que tal ministro ó cual diputado se proponían pasar algunos días en sus posesiones.

Para los hombres de buena fe, estos desahogos de los altos funcionarios fueron una esperanza.

—Pasarán algún tiempo en el campo, se decían; allí podrán oír á los labradores, admirarán los encantos de la naturaleza y volverán animados de los mejores deseos.

¡Ilusión engañosa!

En plena Pascua florida, al reanudar sus tareas la Asamblea Constituyente, surgió un nuevo conflicto político; á la apacible calma siguió la apasionada inquietud.

La ley electoral, ó mejor dicho, uno de sus artículos, hizo el papel de manzana de la discordia.

En la Cámara hay quien desea que los diputados no puedan percibir sueldo alguno del presupuesto mientras ejerzan tan noble é importante misión.

Esto es lo que procede; porque cuesta trabajo suponer que vote contra el gobierno que le favorece con un pingüe sueldo un diputado funcionario. Si lo hace es ingrato; si no lo hace, puede perjudicar á la nación que le ha otorgado sus poderes.

Con el calor de la improvisación llegó á decir un señor ministro, que sin diputados empleados no era posible gobernar.

Sin poderlo remediar, al oír esta frase, que en último resultado y tratándose del sistema representativo no es ni más ni menos que una triste verdad, recordé otra frase de otro ministro, el cual, acusado de que

había influido en las elecciones, contestó con la mayor frescura:

—Si tal hubiera hecho, hubiera sido un torpe: más fácil es entenderse con 300 diputados, que con unos cuantos millones de electores.

Con ideas como esta, sobran los cañones rayados para abrir brechas en el parlamentarismo.

De cualquier modo, la verdad es que el país aplaudiría la incompatibilidad incompleta y vería con más confianza regir sus destinos á unos diputados que vivieran de sus rentas ó de su trabajo, que no á los que reciben á cuenta ó en pago de su amabilidad títulos, cruces, empleos ó otras finezas por el estilo.

El miércoles por la tarde tuvo esta idea la mayoría de la Cámara; los republicanos, los tradicionalistas y algunos individuos de la mayoría, en un acceso de independencia, derrotaron al presidente del Consejo de Ministros y al presidente de la Cámara.

Pero las nubes que se amontonaron en el cielo ministerial se tornaron en hermosos celajes al día siguiente.

Sopló un vientecillo reparador, y salvando al gobierno, puso en peligro la incompatibilidad.

Una indisposición del ministro de la Gobernación agravó la enfermedad de la paciente, y aun no sabemos si las dietas propuestas por algunos diputados serán el paliativo que la salve.

Á donde quiera que uno vuelve los ojos halla desastres, escisiones, tormentas. El recuerdo de las desventuras de Gracia no se ha extinguido aun: cuando aun estaban palpantes los sucesos, gritaban por las calles de Madrid los vendedores:

—En dos cuartos, la reseña de los muertos y heridos de Gracia.

¡Horrible sarcasmo! muertos y heridos... de gracia... ¡También los idiomas son crueles á veces!

Terminada la lucha en Cataluña entre los partidarios de la abolición de las quintas y la autoridad, la atención se fija en otro grave suceso.

Cabrera ha resignado el mando y la dirección de las huestes carlistas, dijeron los periódicos, y acto continuo preocupó los ánimos el anuncio de una reunión de los notables del partido en la residencia del duque de Madrid.

La dimisión del general carlista ha sido admitida, y este suceso es uno de los principales asuntos que ha ocupado á la prensa.

El país está en la situación de aquel asistente que por abrir una ventana abrió un armario.

—¡Está oscuro! exclamó.

Sin embargo, apartando los ojos de la política, encuentra todavía la imaginación algún motivo de solaz.

La Ferny en la Opera, Matilde en el Teatro Español, brindan todavía al alma con su privilegiado talento los tesoros del arte; los bufos... hacen reír, que no es poco; y la música clásica, las grandes inspiraciones de los maestros conquistan entusiastas triunfos, gracias á la sociedad de conciertos.

El antiguo Circo de Madrid se ha convertido en un coliseo elegantísimo; las plateas y los palcos bajos reciben dignamente en su seno á las damas aristocráticas; las butacas ofrecen cómodo asiento y defienden del calor á los que las ocupan.

Todo se ha embellecido allí, todo se ha aristocratizado, y sin embargo todavía hay caballeros elegantes, son los más, que permanecen con el sobrero puesto delante de las damas y tienen la irreverencia de fumar.

Yo bien sé que hay libertad y también supongo que debe figurar entre los derechos individuales el de ser caballeros cubiertos y el de molestar á las señoras con el humo de los cigarros; pero me parece que las bellas recordarán con gusto la antigua galantería española si los galanes diesen motivo para ello, y me consta que les agradecerían mucho el sacrificio de guardar los cigarros en la petaca hasta el final de la función.

Por lo demás, los profesores, capitaneados por Monasterio, hacen prodigios interpretando con una maestría admirable las obras de Beethoven y Haydn, de Mendelssohn y Mayerbeer. En el último concierto ejecutaron una —escena americana la llama su autor el señor Espadero— titulada *Lamentos del Esclavo*.

El compositor es americano, y en esta obra revela cuánto puede hacer el músico que á la inspiración reuna el colorido de la naturaleza tropical. Rica de

color la composición á que aludo, hecha con un arte prodigioso, gime y llora como el esclavo en medio de una vida y de una luz fascinadoras.

El señor Espadero honra á su patria y al arte.

Las carreras en velocípedos hicieron fiasco, pero no por eso se ha extinguido la afición á andar... en dos ruedas en nuestra juventud dorada.

Todas las mañanas se ven cruzar por los jardines de Recoletos, por el salón del Prado y por las alamedas de la Castellana numerosos velocipedistas.

—¡Lástima es que la situación no ande en velocípedo, decía hace poco un político de buen humor!

—¿Por qué? le preguntaron.

—Porque andaría de prisa, y llegaría al final ó se rompería el espinazo.

Esto último ha estado á punto de suceder á un amateur del velocípedo, y ¡cosa extraña! en vez de perderla ha hallado una costilla.

Contaré en breves líneas la historia.

El héroe de ella pasó en un velocípedo al lado de una joven bellísima, y fascinado con su hermosura volvió la cara para mirarla.

Un importuno farol le recordó que para andar en velocípedo es necesario dejarse el corazón en casa.

El velocípedo chocó con la columna de hierro, retrocedió, el jinete perdió el equilibrio, pero un grito de terror lanzado por la joven escitó á los que pasaban á socorrer al que sin aquel grito hubiera caído.

—A usted debo la vida, dijo el joven, y suplico á la hermana mayor de su salvadora que le permitiera ir á ponerse á sus órdenes.

La hermana pronunció el nombre de su marido, que era justamente amigo del enamorado doncel, y ya se dice que dentro de algunas semanas dará el velocipedista el golpe... cayendo como amante esposo á los pies de la bella.

Mientras aquí no logramos salir del atolladero, el Paraguay se pacifica, el Concilio prosigue su marcha magistral, la insurrección de Cuba se estingue, la Alemania se prepara á recibir á los batistas y finge que desea la paz para no escamarlos, como diría un autor bufo, y la Francia se apresta á optar por medio de un plebiscito entre la revolución demagógica y el imperio moderadamente liberal.

El triunfo no es dudoso: por fortuna son más los que tienen que perder que los que sueñan con rios revueltos; la revolución es una enfermedad que puede abrir el sepulcro ó sanar al enfermo; pero cuando le sana desaparece.

La demagogia, á pesar de ser joven, no tiene porvenir: sus pasiones la han malogrado y la malograrán mientras exista.

Una noticia me ha divertido mucho: los periódicos anuncian que en el ministerio de Estado se están reuniendo muestras de vinos que han de servir de preliminar á un tratado de comercio con Inglaterra.

Hé aquí una interioridad de la diplomacia que está pidiendo á toda prisa el lápiz de Ortega.

El sainete de esta crónica va á proporcionármelo un suscriptor á la novela *Los Miserables* que está terminando la acreditada casa editorial de Manini.

Hace dos ó tres días llegó el cartero á la puerta del editor:

—¿Vive aquí don Víctor Hugo? preguntó.

El dependiente contestó que no, pero el editor, sospechando lo que pasaba, recogió la carta y la abrió.

La carta decía así: «Señor don Víctor Hugo: Muy señor mío: me gusta mucho la novela que está usted publicando en esa; pero me falta el pliego 12 del tercer tomo, y le ruego á usted que me lo envíe á vuelta de correo. Si hace usted alguna otra cosa como *Los Miserables*, cuénteme por suscriptor y mande á su afectísimo, etc.»

¿Qué responderá á esto el gran poeta?

Todavía hay inocentes en nuestro país, ¡qué felicidad y qué desgracia!

JULIO NOMBELA.

NIEBLAS PARDAS.

ESCENAS DE LA GUERRA CIVIL.

I.

LA VENTA DE LA PASIEGA.

—A la primera alarma destaca usted un ginete que venga á toda rienda.

—Está bien, mi comandante.

—Mucha vigilancia: si cierra la niebla, repetir las voces de alerta; orden en la gente, y nada de cánticos y regodeo.

El sargento que recibía estas órdenes, bajó con aire su mano, puesta sobre la caja del fusil terciado, giró sobre los talones, y se acercó á una partida de soldados que ocupaba la carretera. Eran diez ó doce infantes descansando sobre las armas, y cinco lanceros pié á tierra: aquellos llevaban un número 17 pintado en la funda del chacó; su tipo era de veteranos, tez curtida, equipo usado, talante grave y resuelto; éstos de rostro rollizo y fresco, esmerado arreo y fino uniforme, vestían la casaca azul ribeteada de amarillo de la milicia urbana de Santander.

Formó su tropa el sargento, llamó á un aldeanillo prevenido para hacerles guía, y gritando con voz recia:—¡Flanco derecho, contramarcha por la derecha! salió del camino seguido de peones y caballos, entrando por una calleja abierta entre dos setos vivos. El oficial, que vestía uniforme igual al de los lanceros, permaneció fijo en su puesto, siguiendo con los ojos á la descubierta, hasta verla desaparecer entre el carruaje y quiebras del terreno: sobre el natural placer causado por la vista de soldados aguerridos, leíase en su rostro el contento de acaudillar, siquiera momentos, hombres probados de valerosos y sufridos.

Describamos los parajes de la escena.

Conocidos son de cuantos viajeros transitaron de Burgos á Santander, mientras se hizo la jornada en mulo ó en ruedas; ahora, aun cuando crecida su población y caserío, la rapidez con que el tren los atraviesa, es causa de que el forastero, por azar únicamente, repare en ellos.

La carretera de una á otra de ambas ciudades llega en su caída hácia el mar, al pié de un cerro poblado de espesas argomas, y penosamente trepa por sus lomos con nombre de *Cuesta de las pasiegas*.—Una venta situada á raíz de la subida es llamada asimismo *Venta de la Pasiega*: quién, de quién hereda la denominación, cómo el origen de ella, son recorditecos históricas accesibles á la sagacidad y luces de muy docto sugeto.

Esta venta, á cuyos umbrales se habían separado oficial y sargento, mejorada hoy y engrandecida, se componía entonces de un piso habitable encima de zaguan y cuadra, corral á la espalda, y al costado un pajarón, sin mas luz que la de su puerta cochera abierta á par de la fachada. Miraba esta (y mira) á Oriente con un balcon y dos ventanas, y desde ella hasta el camino real se ensancha una esplanada ó ejido, cubierto de grama, en cuanto le dejaba retoñar el continuado piso de llantas y herraduras, manchado á una parte con una charca cenagosa perpétuamente sofaldada de puercos, y á otra con montones de estiércol puestos á secar, donde escarban las gallinas y hacen abrigada cama los perros. Entre los robles que la miran enfrente, salvado el camino, empalma otra carretera, reciente y útil transfiguración de la dificultosa calleja tomada por los soldados, que les llevaba, cruzando *las vegas* y el vallecillo de Parbayón, á salir de puente Soliá, sobre la ría así llamada.

Á cubrir, ó mejor dicho, á vigilar este paso, iban destinados.

Puente Soliá era la única entrada para enemigos que, faltos de marina, amagasen á Santander desde la parte de Levante, como para los que viniesen de Poniente y Mediodía lo eran Puente-Arce y la barca de Carandía, sobre la línea del Pas. Ocupados estos puntos, la ciudad y su región circunvecina, de cuatro á seis leguas cuadradas de estension, quedaban cubiertas por un foso natural de aguas vivas que las rodea, formando un recinto peninsular, cuyo límite seco cierra el monte Carceña con su masa insuperable de barrancos y fraguras.

En la capital cántabra, emporio de animadísimo y múltiple comercio, tenía su base de operaciones el ejército apellidado de la izquierda que maniobraba en

las Encartaciones y valles rayanos de Castilla y de Vizcaya: allí proveía sus almacenes, curaba sus heridos, adiestraba sus reclutas, y custodiaba sus prisioneros: allí pedía refuerzos, viveres, municiones y dinero. Centro caudaloso de recursos, aparte de la importancia militar que la posesión de su puerto daría á quien señorease sus aguas, ya en los primeros asomos de la guerra había tentado la audacia y la codicia de jefes carlistas; mas fuese que temieran aventurar fuerzas considerables en terreno donde fácilmente pudieran ser acorraladas y rendidas, fuese que necesidades de mayor urgencia entretuvieran y ocuparan los batallones del Pretendiente, Santander no llegó á verse amenazada en forma, aun cuando continuamente perturbaban su quietud laboriosa alarmas y correrías de latro-facciosos y partidarios que merodeaban á lo largo de sus defensas naturales arriba descritas.

A estos amagos, á los rumores ó noticias de invasión respondía la plaza, adelantando fuerzas ligeras á su línea estratégica; y como siempre la guarnición era poca, y la decisión del vecindario mucha y probada, el peso de tales expediciones cargaba sobre la milicia urbana. A su caballería cupieron principalmente numerosos días de fatiga y de campaña.

Servicio de escoltas, de convoyes, de salidas y reconocimientos, menudeaba para aquellos ginetes, prontos siempre á correr los azares de un encuentro desigual en tan ágría y arbolada tierra, voluntariamente espuestos á ser sorprendidos en una espesura, embrazados con lanza, caballo y largo sable, por enemigos ágiles, astutos y de ojo certero. Sin duda, nacía de aquí el prolijo esmero y cuidado mostrados con las pistolas; era gala del cuerpo tenerlas á cual más lujosas y mejor montadas: presentían que pudiera llegarles momento en que su vida pendiese de semejante arma, inútil ó punto menos, en lid abierta y espaciosa, salvadora y terrible en lances de singular batalla cuando la asestan mano avezada y sereno pulso.—¡Cómo luce en mis turbios recuerdos infantiles el bruñido pavón de dos cañoncillos recamados de oro, montados sobre cajas de roble añejo, esculpido en fabulosas gárgolas!—Guardábanse cuidadosamente; nadie tocaba estas armas sino su dueño, y esto nunca sin acariciarlas blandamente con los ojos, con la mano, y con la túnica de suavísimo ante que las envolvía. Andando el tiempo, entradas en los ocios de la paz, olvidadas casi, vino un día en que su hallazgo por manos interesadas hubiese podido traer proscricción y desgracias á un hogar respetable y honrado; forzoso fué ocultarlas, mas cuando salieron del escondrijo, deslucido el acero, caído el oro, roída la madera, enroñecidas, inútiles y muertas, nadie hubiese reconocido las gallardas pistolas de otros tiempos, sueltas, provocadoras, vivaces con la vida y beldad siniestra de áspides mortales.

No es de extrañar que á los nacidos en tan duros y alborotados días nos hayan quedado ciertos gustos marciales, reliquia de tempranas impresiones. A semejanza de lo acaecido en antiguas sociedades, la guerra había venido á ser una de las obligaciones cívicas, y aunque providencialmente preservados de sus horrores y crueldades, vivíamos dentro de ella, por decirlo así, en la permanente agitación de sus vicisitudes, al alcance del sordo estruendo de las armas, rodeados de ardientes preparativos de batalla y del lastimoso aspecto de sus víctimas y sus vencidos. No conocíamos música mas grata que el alarido del cobre ó el crujir del parche, generala ú orden, ni espectáculo mas frecuente y entretenido que el incesante mover de tropas, ni emoción mas honda y apetecida que la de oír volar campanas y estallar cohetes celebrando una victoria.

Á menudo interrumpía un clarín el sueño ó la comida; si era de día corrimos al balcon á ver al trompeta *Portal*, que vestido de amarillo, torcido sobre la ceja el alto chacó en prodigioso equilibrio, hacia hablar al instrumento con gran deleite, aplauso y risotadas de las fregonas esparcidas junto á los pilones de la vieja Giralda. En tanto Francisco ensillaba al Gallardo, cordobés, castaño, de ojo vivo y limpia cuartilla, botador, fogoso, enérgicamente apaciguado apenas sentía sobre sus pobladas y trémulas crines la mano cariñosa del amo... Formaba luego la sección, y á poco la veíamos desfilar, precedida de batidores, carabineros, flameando sus banderolas, seguida de un tropel curioso de ginetes, originales y diversos en trajes

y montura, accidentales servidores que acompañaban al miliciano con repuesta alforja en la grupa y retaco en el arzon, ayudas de cámara, palafreneros, herradores y cocineros segun las ocasiones, y forrajeadores y combatientes tambien, si se ofrecia, no de los menos ardidados y bizarros.

Así aprendía una generación nueva á oír la voz del bien comun, simbolizada en el belicoso toque; así aprendía á obedecerla sin murmurar, á seguirla sin desfallecer, ahogando el grito poderoso de ínfimos afectos que únicamente han de oírse como estímulo al cumplimiento de los deberes cívicos. Pero al medir el nivel del espíritu público en sucesivas crisis de la patria; al considerar las condiciones personales de sus agitadores y cabezas; al comparar la pró que trajeron á su madre y la que grangearon de ella, surge en el alma la triste certidumbre de haber sido el aprendizaje estéril, y recibida por árido suelo la semilla de los altos ejemplos.

Esta caballería, de cuyas filas salió alguien que hace lucida figura en el cuadro de oficiales generales del ejército español, estaba destacada en la venta de la Pasiega á las órdenes de su jefe el oficial á quien vimos enviar una descubierta á cubrir su flanco, y en combinación con fuerzas de infantería avanzadas al Pas.

Adelantábase ya el otoño: era la mañana triste, espeso el ambiente, y en las cumbres se cuajaban nieblas con señales de bajarse á lo largo de las pendientes é invadir el llano; pero en los ánimos de los huéspedes de la venta había poco espacio para nieblas y melancolías.—Oíaseles reír y cantar dentro; algunos fumaban de pechos sobre el balcon, departiendo entre si ó zumbándose con los que median pacheando la era; otros, ansiosos, de imitar escrupulosamente las estrecheces de la vida militar y los sutiles modos de remediarlas, sazaban una cazuela de sopas encima de tres piedras al fuego de argomas y boñigas; los asistentes entraban y salían, y de aquel enjambre juvenil, activo, bullicioso y alegre, los únicos silenciosos eran el centinela apostado sobre la carretera, el que guardaba la puerta del pajarón, y cuatro ó seis que, más preocupados y adustos, alrededor de un capote plegado y puesto en el suelo, tentaban los azares de un *golfo*.

De improviso, y sin que nadie pudiera decir por dónde había venido, pareció frente á la venta un hombre. Descalzo, arremangados brazos y piernas, patente la velluda piel por los entreabiertos pechos de la camisa que le vestía el busto, traía á la espalda colgando de un garrote un par de zapatos y un haz de helechos, entre cuyas hojas relucía la plateada cola de un salmón.

Al punto fué rodeado de milicianos; ya los románticos le imaginaban espía, mientras otros más tibios de sangre y dados á la gula se deleitaban á vista y esperanzas del rico plato venido tan impensadamente á regalar su parca mesa.

—Dios sea con la buena compañía, dijo el pescador levantando su astrosa cachucha.

—¿Qué hay, paisano? ¿qué trae? ¿de dónde viene? ¿ha visto á los facciosos?

Y el paisano, sonriendo entre ladino é idiota, mostrando sus blancos dientes, respondía:

—¡Qué facciosos! Ello, diz que andan allá por Trasmiera, será ó no será, acá no vemos uno. Ea, merquen un salmón, há dos horas estaba vivo en el río; mejor comida, ni más fresco, no lo han de *jallar* en la venta;—y desembarazándose de su carga, mostraba la magnífica pieza tendida sobre ambas manos, goteando agua, corriéndole rojos hilos de las abiertas agallas.

Breve fué el ajuste: el pescador se desciñó la faja, metió en el cabo de ella las monedas, no sin contarlas despacio y mecerlas en la palma, hizo un nudo y se volvió á fajar; mientras el salmón entregado á los más peritos, que nunca faltaban en el arte de cocina, pasaba á cocer dentro del gran caldero de la venta.

Providencial parecía el caso, porque nuevos convidados se presentaron de improviso.

—¡Quién vive! gritó el centinela apostado sobre el camino, y despues de las prevenciones y reconocimientos de ordenanza, se vieron llegar y hacer alto frente á la venta dos compañías de cazadores.

Venían mandadas por un capitán harto mozo todavía y de gentil presencia...—el comandante de la

venta salió á encontrarle y se saludaron como antiguas relaciones.

—¿Qué novedad, capitán?

—Ninguna importante; las comunicaciones por Iruzo perfectamente expeditas; pero he tenido confidencias de haber aparecido una partida gruesa por los valles del Oeste, y resuelvo replegar sobre la venta, para no abandonarles á ustedes á una sorpresa.

—Estamos prevenidos, repuso el miliciano; tengo al sargento que usted me dejó avanzado en Solia, y cubre la posición. Sin embargo, agradezco su venida de usted, porque toda precaución es necesaria en este tiempo de nieblas.

—Y en esta tierra de vericuetos, interrumpió el capitán, tierra hermosa para los ojos, pero endiablada para la guerra.

—No tan mala, puesto que cria peces como el que va usted á comer en nuestra compañía dentro de una hora.

—Rejalgar que fuera me sabría á cielo con el hambre que traigo.

—Ea, arregle usted la gente: voy á mandar un ordenanza con pliegos á Santander; si algo se ofrece, disponga usted.

—Gracias, daré un parte al comandante general.

Separáronse ambos jóvenes, y el miliciano llamó:—Cabo Bolado, avise usted á los compañeros que hay correo para la ciudad, si alguno quiere escribir á casa, hágalo en seguida.

Cundió el aviso, y llegó al círculo de jugadores. Uno de los puntos, sargento según las divisas, sacó de la vuelta de la manga un librito de Alcoy, rasgó una hoja, pidió un lápiz, y haciendo mesa del morrion, escribió: «Poco dinero, buen humor y vamos andando;» entregó el papelillo al furriel, y volvió gravemente á su azar y á su puesto.—El laconismo telegráfico ha sido profética prenda de estilo militar desde el ilustre César hasta el impasible urbano de Santander.

Momentos después el vivaque estaba convertido en comedor inmenso y variado, donde sonaban á la par la cuchara de haya del soldado, y la de plata que la celosa madre ó esposa había cuidado de alojar en el

maletín de un miliciano.—Había de estos también quienes, á vista del ajuar de sumisión de sus compañeros, se avergonzaban de la plata y la dejaban yacer entre la ropa blanca.

Entre tanto espesaba la niebla aplanándose sobre la llanura.—Y el pescador, alegre con el negocio y reanimado con la *parva*, pues era famoso el aguar-

diente de la venta, tomaba el camino de su choza, trepando por los argomales. Oíase su voz robusta, y ya no se veía su cuerpo envuelto en cenicienta bruma, cuando todavía se percibía la letra del cantar:

Una mora me enamora
que no es mora de nación,
que es mora porque ha morado
dentro de mi corazón.

(Se continuará.)

JUAN GARCÍA.

DON JOSÉ PUIG Y LLAGOSTERA.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, que se ha propuesto ofrecer al público una galería completa de cuadros que representen los acontecimientos contemporáneos y los retratos de los españoles que más se distingan por uno ú otro concepto, no podía prescindir de publicar algunas noticias biográficas acerca del popular fabricante catalán, hoy diputado constituyente por la circunscripción de Vich, don José Puig y Llagostera, cuyo parecido retrato damos en esta página.

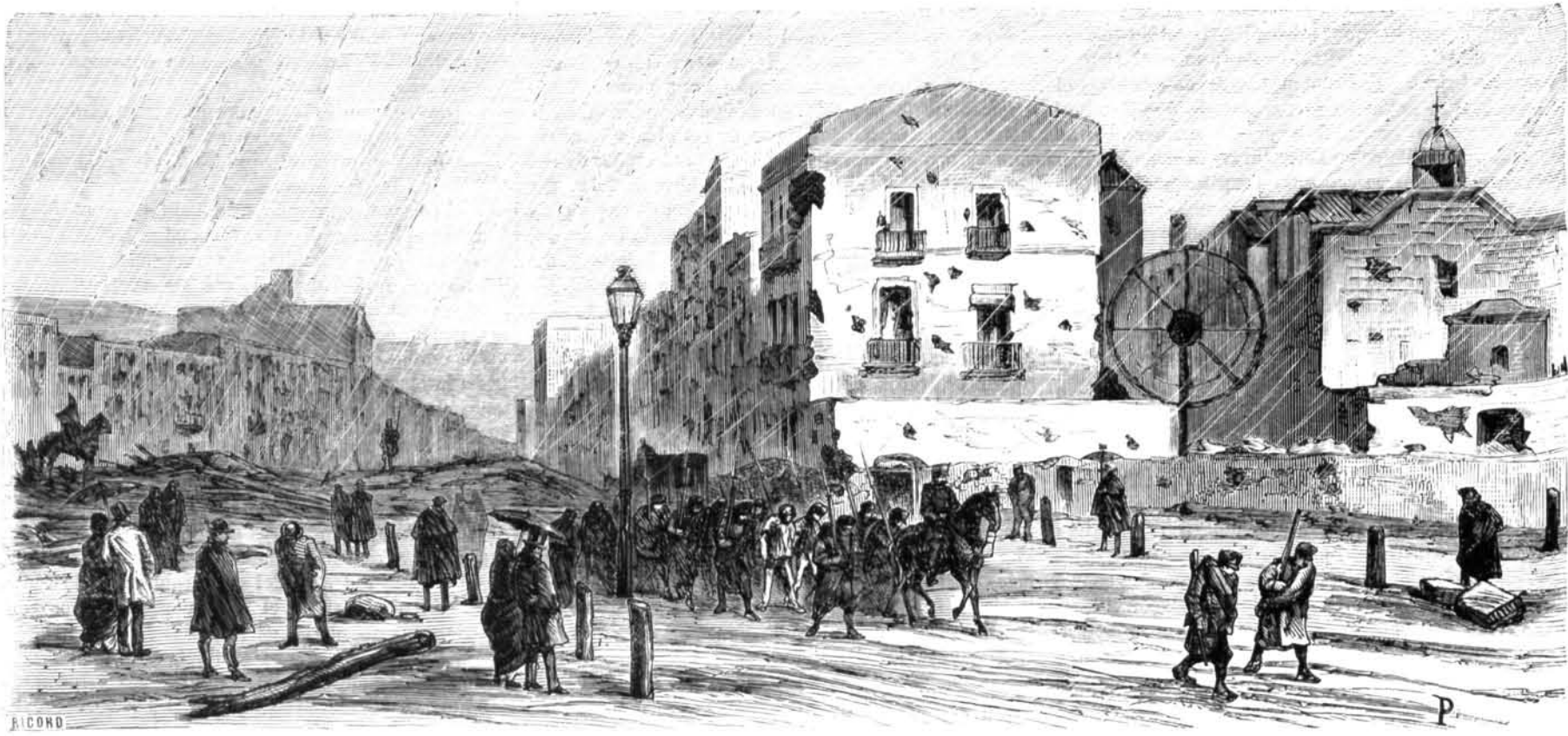
El señor Puig ha logrado lo que en este país, dividido en tantos partidos políticos, que aunque no hubiera tantos no perdería nada, sino por el contrario, no había logrado ningún hombre político hasta ahora, ser elegido diputado por los votos unidos de progresistas, republicanos, carlistas, alfonsinos, en fin, por todos los partidos, que sería cosa larga enumerarlos.

¿Á qué debe este triunfo tan notable y tan nuevo en los fastos del sistema parlamentario?... Á que no es hombre político, á que es sencillamente un español trabajador, que paga unos 3.000 duros de contribución, y que desea orden, economías, moralidad,

protección á la industria nacional mientras la necesita, y que no estemos divididos en grupos enemigos los que debemos, por ser hijos de una misma madre, ser verdaderos hermanos, y ha tenido el valor de levantar su voz independiente y enérgica en defensa de los intereses y de la honra del país, hablando en nombre de esa inmensa mayoría de españoles que produ-



DON JOSÉ PUIG Y LLAGOSTERA.



ASPECTO DE LA CALLE MAYOR DE GRACIA DESPUÉS DE CONCLUIDA LA LUCHA.



LA SEMANA SANTA EN SEVILLA. — PROCESION DE LA COFRADIA DEL SANTO CRISTO DEL SILENCIO VERIFICADA EL DOMINGO DE RAYOS.

cen, y pagan, y callan, y sufren los desastres de estos, y de aquellos, y de los otros hombres políticos.

El señor Puig, en sus cartas á don Juan Prim y á don Juan Bautista Topete, ha dicho lo que piensan todas las clases contribuyentes de España, ha tenido la fortuna de interpretar fielmente el verdadero sentimiento nacional, y esto lo prueba el inmenso número de felicitaciones que ha recibido de todos los pueblos de España y de las Antillas, y también es indicio seguro del efecto que han causado sus enérgicas protestas, lo bien recibida que en todas partes ha sido su idea de formar asociaciones de hombres independientes en todos los pueblos, asociaciones puramente económicas, que pongan de manifiesto los errores y despilfarros de los gobiernos, de cualquier partido político que sean éstos, es decir, que formadas esas asociaciones y penetradas de su misión y de su fuerza, harán un gran servicio al país, evitando que los gobiernos dicten, por ignorancia ó por amor propio de partido ó de escuela, den disposiciones contrarias á los intereses del contribuyente, del trabajador, de la masa, en fin, del país que paga y no cobra, que sufre y calla. Los gobiernos tendrán que tomar muy en cuenta la opinión de esas asociaciones compuestas de hombres que no buscarán empleos, que no harán la oposición por aquello de *quitarte tú para ponerme yo*, y que representarán muchos millones de contribución.

Puig y Llagostera es natural de Villafranca del Penedés, y nació en 1835, siendo su padre un honrado fabricante de hilados de algodón, que á fuerza de trabajo, y asociado con otras personas, logró construir la fábrica que hoy tiene en Esparraguera don José Puig y Compañía, y cuyos géneros compiten con los mejores del extranjero, y personas inteligentes los han confundido con los ingleses.

Puig estudió en la escuela industrial de Barcelona, y luego perteneció al cuerpo auxiliar de Obras públicas, habiendo servido en el distrito de Granada, donde hizo varios trabajos especiales, entre ellos el proyecto de carretera de Guadix á Baza y los planos y estudio de modificación de la de Granada á Motril. Independiente por naturaleza, se cansó pronto de estar subordinado á las exigencias de un Cuerpo reglamentado, y pidió licencia indefinida para pasar á Cataluña, y se dedicó al estudio de los ferro-carriles, sirviendo de mucho su cooperación en esta materia en su país. Muerto su padre, se dedicó por completo á su fábrica de Esparraguera, y como una prueba de la prodigiosa fuerza de voluntad de este hombre, copio á continuación un hecho que le caracteriza fielmente, publicado ya en otra biografía del mismo.

«Situada su fábrica entre Olesa y Esparraguera, comunicábanse estas poblaciones entre sí por medio de una simple barca capaz solo para algunas personas, comunicación que á las menores avenidas quedaba interrumpida. Vista la necesidad apremiante de un paso fácil y seguro entre las dos orillas interrumpidas en mas de 30 kilómetros á toda comunicación rodada, don José Puig proyectó y llevó á cabo, sin auxilio ninguno del gobierno ni de la provincia, por más que lo solicitó, la construcción de un puente colosal de hierro, capaz para toda clase de carruajes, obra notabilísima en su clase, *de cien metros de luz en un solo arco*, por debajo del cual pasa entero el Llobregat en sus mayores avenidas.»

También se debe á Puig que la villa de Esparraguera tenga agua potable en gran abundancia; antes había que ir á buscar lejos de la población.

Estos solos hechos caracterizan á Puig y Llagostera como buen ciudadano y amante de su patria.

La energía y el desenfado con que están escritas sus cartas, que toda España conoce, habían hecho formar á algunas personas una idea equivocada de su autor, que le suponían un hombre terrible, lleno de bilis y dispuesto á romper lanzas con todo linaje de follones y malandrines.

Nada de eso; Puig y Llagostera es un hombre amabilísimo, cortés y que ni siquiera fuma ni bebe vino, ni aun en las comidas. La calumnia es el arma que contra él manejan los enemigos que tiene desde que ha empezado á decir en estilo rudo, pero claro, verdades que todos reconocen como verdades, y nadie se atrevía á decir las tan en crudo; pero poco le puede importar la calumnia, pudiendo oponer hechos nobles y generosos que yo omito porque soy muy amigo suyo, y no quiero ofenderle en su modestia.

Los partidos políticos acaso no quieren conceder importancia á las protestas y clamores de Puig y Llagostera; pero la opinión pública representada por los contribuyentes hará al fin y al cabo á él y á todos cumplida justicia.

C. FRONTERA.

LA SEMANA SANTA EN SEVILLA.

No es esta la primera vez que los periódicos ilustrados reproducen alguna de las infinitas escenas que constituyen el grandioso drama sacro que todos los años se representa en la hermosa capital de Andalucía. En España y en el extranjero plumas y lápices entusiasmados han descrito las solemnidades de la Semana Santa en Sevilla, y por esta razón, nos limitamos á reproducir uno de los momentos más artísticos é interesantes de la procesion que sale el Domingo de Ramos.

La primavera más fecunda, más bella, más encantadora bajo el hermoso cielo de Andalucía, forma preciosos é inimitables fondos en los múltiples cuadros que el fervor católico reproduce. Los árboles, cubiertos de verdes hojas, las ventanas y los balcones llenos de pintadas y aromáticas flores, el cielo de un azul purísimo, todo contribuye á aumentar con los encantos de la naturaleza las escenas conmemorativas de la Pasión y muerte del Redentor.

Existen organizadas en Sevilla 30 cofradías: cada una posee en escultura un episodio del gran drama. Combinadas las cofradías y sus pasos, forman esas magníficas procesiones que no solo de España, sino del extranjero, llevan millares de curiosos á Sevilla durante la Semana Santa.

El dibujo que representa el grabado, que ofrecemos á nuestros lectores, es un fiel traslado de la más antigua de las cofradías que hacen estación en la Semana Santa, la cual verifica su salida el Domingo de Ramos y se titula *Santo Cristo del Silencio*, *desprecio de Herodes y Nuestra Señora de la Amargura*, de la parroquia de San Juan Bautista (vulgo de la Palma).

El primer *paso* que aparece á la vista del espectador, representa el tribunal de Herodes en el acto de mandar que Jesús sea conducido con vestidura blanca á la presencia de Pilatos. La escultura del Señor fué ejecutada por Pedro Roldán, y los ángeles arrodillados que llevan faroles en los ángulos delanteros, se le atribuyen á su hija llamada la *Roldana*. Dos de los soldados de primer término los hizo Pedro Duque Cornejo, constructor de la célebre sillería de la catedral de Córdoba, los otros dos, y Herodes, los talló Benito Hita del Castillo.

Las andas son de construcción moderna y pertenecen al orden corintio, pintadas de blanco imitando al mármol y dorados los filetes y bocelos. Vénse á los cuatro evangelistas de bulto en los ángulos de las andas ó peana; cuatro medallones de medio relieve en los centros, recordando pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, más diez y seis profetas y varias alegorías.

En el segundo *paso* aparece la Santísima Virgen bajo pálido, manto de terciopelo negro, con corona, candelabros y varas del pálido, algunas de estas piezas de oro y las demás de plata. Acompaña á la Virgen un precioso San Juan, obra del mismo Hita del Castillo. Las túnicas de los nazarenos que preceden al primer *paso* son blancas, y negras las de los que preceden al segundo.

SUCESOS DE BARCELONA.

A las detalladas reseñas que han hecho los periódicos políticos de los deplorables sucesos que con motivo de las quintas han ensangrentado las calles de Barcelona, Sans y Gracia, tenía necesariamente que seguir la reproducción por medio del grabado de las escenas más culminantes.

Doloroso es para LA ILUSTRACION tener que copiar del natural escenas que son una antítesis de su título; pero al perpetuarlas protesta en nombre de la civilización lo mismo contra la rebeldía de los que no carecen de medios legales para oponerse á los abusos del poder, que contra la impericia ó la crueldad de las autoridades militares que desplegando un inaudito lujo de fuerza han sembrado en la villa de Gracia la desolación y el espanto.

Nuestro grabado de la primera plana representa el

bombardeo de la desventurada villa. Esto se dice fácilmente, pero horroriza la idea de lo que sufren las personas pacíficas y las propiedades, por las luchas que con tanta frecuencia llevan á cabo los partidos políticos ó las ambiciones personales en España.

Los horrores del bombardeo saltan á la vista, gracias al lápiz de nuestro ilustrado colaborador don Tomás Padró; pero si conmueve lo que se ve, aun más terrible es lo que no se ve. Figúrese el lector á las familias abandonando sus muebles, sus riquezas, para buscar en un sótano la salvación de su vida; figúrese al herido, al que ve desplomarse su casa, y si estos horrores no bastan para amortiguar las pasiones políticas, no sabemos qué podrá devolver á la sociedad española el amor á la tranquilidad, al orden y al trabajo, que es lo que necesita.

El grabado que reproducimos en la octava plana es una vista de la formidable barricada que se levantó delante de la gran fábrica de tejidos conocida con el nombre de la *España Industrial*.

¡Triste contraste! La destrucción al lado de la conservación; la guerra al lado del trabajo.

Aquel parapeto fué tomado por la tropa no sin gran dificultad.

El otro grabado es una inspiración del dibujante. Representa la calle mayor de Gracia después del combate; allí se ven las huellas de la lucha, las casas destruidas, los árboles destrozados; el azote de la guerra civil ha pasado por aquella risueña población, dejándola asolada.

En menos de doce horas cayeron sobre aquellos edificios 1.500 granadas explosivas, 50 cañones dirigieron sobre las casas y sus moradores destructoras explosiones.

Como un padron de ignominia queremos conservar aquí un hecho que acusa la más refinada barbarie.

Al pasar en uno de los días del combate por delante del hospital con dirección á la Rambla una infeliz anciana de 70 años, tiritando de frío, cayó al suelo con el pecho atravesado de un balazo; en el momento en que los empleados del hospital quisieron salir á la calle para recogerla, hubieron de desistir de su empeño, porque se les hacía fuego.

Entonces, para impedir que aquella desgraciada muriera por falta de auxilio, la tuvieron que atar los vecinos de enfrente en una silla con una cuerda, y desde el hospital se la hubo de arrastrar por el arroyo como un bulto; al sacar los brazos un médico y dos practicantes, recibieron una descarga, que milagrosamente no les causó daño alguno. La pobre anciana falleció.

En cambio, y para neutralizar el horror que habrá producido la anterior noticia, hé aquí un acto de generosidad digno de aplauso.

Un teniente coronel de artillería mandó sacar de una casa de la calle de Poniente á unos 18 hombres que habían sido arrestados y se hallaban detenidos en la misma. El espectáculo de la salida de dichos hombres produjo en los vecinos la impresión de tristeza natural en semejantes circunstancias, empezando los comentarios y suposiciones. El teniente coronel, apenas estuvieron los arrestados en la calle, les dirigió en catalán una alocución exhortándoles á que no se dejasen alucinar y diesen pruebas de sensatez, y acabó dejándoles en libertad, lo que produjo en todos la expansión de alegría que es de suponer, habiendo resonado vivas y aplausos, en cuya escena figuraron en gran parte las mujeres por su entusiasmo.

MR. LAYARD.

El señor Layard, ministro hoy de Inglaterra en Madrid, es una de las celebridades contemporáneas que merecen con más justo título los elogios que el mundo entero le tributa. En el parlamento, en la administración y en la política, ha conseguido los más lisongeros triunfos, y cuenta además con la gloria de haber descubierto la mayor parte de los tesoros artísticos que se ocultaban en las ruinas de Babilonia y de Nínive.

Nació el señor Layard (Austen-Henry) en París el 5 de marzo de 1817. Hijo de una familia protestante, á quien la revocación del Edicto de Nantes obligó á volver á Inglaterra, Layard comenzó allí la carrera del Derecho, que abandonó bien pronto por lanzarse á los viajes de Oriente, cuya vocación parecía en él innata.

Contando apenas 22 años, recorrió el Asia menor y la Siria, bajando por la orilla derecha del Tigris hasta los lugares en que se suponía haber existido Ninive. Aprendió el persa y el árabe, acomodándose á las costumbres de estos pueblos de tal modo, que se le creía hijo del Oriente. En 1842 hizo un nuevo viaje y conoció á Botta, con quien le ligaron desde luego los vínculos de un comun interés arqueológico. Perteneció pormitad á ambos el descubrimiento de Ninive, aunque Layard fué el primero que lo intentó.

Hasta el 1845 no consiguió llevar á cabo sus deseos de emprender las excavaciones; y á pesar de la multitud de contratiempos de todo género, tan comunes en esos países, persistió en los trabajos hasta la primavera del año de 1847, logrando descubrir monumentos del mayor interés. Dos años más tarde publicó la interesante obra sobre Ninive (*Nineveh and its remains*, 2 vol.), en donde da á conocer la importancia de los trabajos practicados, y en donde consigna sus acertadas opiniones para ilustrar aquella historia llena de dudas, y aquella civilización, hasta hoy enteramente desconocida.

Terminada esta expedición, volvió el señor Layard á ocupar un puesto que tenía en la embajada de Constantinopla, después de haber descansado algun tiempo en Inglaterra; pero el grandísimo interés que despertaron en tanto los descubrimientos, hizo que nuevamente le encomendasen el continuarlos. Y con efecto, en el otoño de 1849 volvió á emprenderlos con igual entusiasmo y con los mismos contratiempos de siempre.

Siendo ahora el museo británico el principal interesado en ellos, se les dieron mayores proporciones, no concretándolos á la sola circunscripción de Ninive, sino estendiéndolos también á la de Babilonia. El resultado fué todo lo lisonjero que podía esperarse de tan sabia dirección, y los datos recojidos para la arqueología y la historia fueron esta vez mas numerosos, y mas importantes todavía. Prueba clara de ello es entre otras esa inmensa colección de relieves, y los centenares de objetos curiosos de todo género que hoy se admiran en el museo británico, debidos exclusivamente á las penosas tareas del señor Layard.

Fué además consecuencia de las nuevas exploraciones la publicación de importantísimos libros. En el uno de ellos continúa Layard el asunto de su primera obra, acrecentado con la parte de Babilonia (*Discoveries in the ruins of Nineveh and Babylon*, 1 vol.), en otro da las reproducciones de los letreros mas notables descubiertos en caracteres cuneiformes (*Assyrian inscriptions now in the British Museum*, 98 lám., fol. imp.), y en otro, en fin, de grandes láminas, dibujadas por el mismo señor Layard, se muestran los mas insignes restos que habian aparecido en las excavaciones (*Monuments of Nineveh*, 171 láms., 2 vol. fol. imp.), completóse de esta manera el penoso trabajo práctico del explorador, con el no menos difícil de consignar opiniones y datos sobre unas antigüedades de tanta importancia.

Los textos del señor Layard están amenizados siempre con la descripción de los lugares, con asuntos de la vida de aquellas gentes en la actualidad, sus costumbres, ritos, ceremonias, y otra multitud de accidentes, que no solo interesan al viajero, sino que ayudan á interpretar en muchas ocasiones lo que pasaba en otro tiempo. Además de esta parte descriptiva, se relatan los trabajos y progresos de las excavaciones, y últimamente viene la copiosa serie de ideas, consecuencia del estudio profundo de los monumentos. El señor Layard ha tenido también la ventaja de poder dibujar por sí los objetos, conservándoles de este modo su carácter, cosa que tanto deploraba Mr. Botta por serle de todo punto imposible.

Grandes son los beneficios que debe la ciencia á esos insignes exploradores que consiguen resucitar ciudades que parecían perdidas para siempre, y de las cuales decía San Gerónimo que eran ya en su tiempo morada exclusiva de las fieras salvajes. Hoy, gracias á los descubrimientos que se han hecho, comienza á establecerse de una manera segura la cronología de los reyes asirios, desconocida antes, ó plagada de continuos errores; se inician divisiones históricas; se señalan periodos de mayor ó de menor grado de cultura, y se comprende otra multitud de pormenores relativos á la vida de ese pueblo.

Dice un autor que de cuantas obras del arte asirio

han llegado hasta nosotros, ninguna iguala en importancia á los bajo-relieves, porque ocupan el lugar de la escultura en Grecia y el de la pintura en la moderna Europa, y porque en ellos han expresado sus sentimientos, sus ideas religiosas, las empresas de sus héroes, las ocupaciones de la vida doméstica, y cuanto interesa al conocimiento de aquel estado social. Pero además de resolver estas importantes cuestiones, abren los relieves un vastísimo campo al estudio del arte y de la arqueología. Los textos de la Biblia, por ejemplo, que hablan de las famosas obras de los hebreos, encuentran aquí mas de una vez la explicación que no es posible hallar en las escasas reliquias que se conservan del arte judaico. Los monumentos del Asia menor, tales como las antigüedades de la Lycia, tienen también aquí puntos de comparación, analogías que reconocer, y materiales para fundamentar nuevas y más exactas teorías. La misma Grecia, esa cuna de las maravillas del arte, vemos ahora que no se desdenaba de acudir en busca de elementos á la cultura de los asirios; y de aquí que las teorías de Winkelmann sobre la exclusiva originalidad del arte griego, no puedan hoy por menos de modificarse. Esa especie de dualismo, que se determina bajo las formas dóricas y jónicas, se razona en la actualidad de muy diferente manera: así vemos que la idea de Champollion, tan combatida después, de que el dórico habia tenido su cuna en el Egipto, vuelve á preponderar de nuevo, y uniéndose á esto las importantes observaciones, debidas en su mayor parte al señor Layard, de que no hay un solo adorno en el jónico, la voluta inclusive, que no se encuentre más ó menos rudimentario en los monumentos asirios, hace que se trastornen, como digo, las antiguas teorías, y que, merced á las exploraciones, no sean ya un misterio los orígenes de este orden arquitectónico. Grandísimo provecho habria de resultar en esto de investigar por medio del adorno la genealogía de los diversos periodos artísticos, el día en que de igual manera se emprenda la exposición comparada de tantos como se conocen, y con sistemas diferentes de los empleados hasta ahora.

Otro de los estudios que deben á Layard y á Botta sus mayores y más sólidos resultados, es el de la interpretación de los letreros cuneiformes. Parece imposible lo que ha podido adelantar en este punto la actividad moderna. Según la opinión comun, hace más de dos siglos que el viajero romano Pietro della Valle descubrió por primera vez en Persépolis esas curiosas formas de caracteres, y en el siglo pasado el sabio Niebuhr entendió mejor sus condiciones y su importancia; resultando que, desde entonces hasta la época de los nuevos descubrimientos, no han dejado los lingüistas del Norte de persistir en la tarea de descifrarlos, por más que el éxito no haya correspondido á los duros esfuerzos de una empresa tan difícil. Pero la abundancia de textos que sale á luz con las excavaciones, ensanchó de tal modo la esfera del estudio, que los incansables investigadores, tales como Rawlinson, pudieron establecer por completo el sistema gráfico de los asirios. Un hecho curioso vino á confirmar la exactitud que adquiría este género de trabajos. Habrían trascurrido apenas una docena de años de las primeras investigaciones hechas en Ninive, cuando la sociedad Asiática de Londres, dudando de la veracidad de las traducciones, ideó una especie de concurso, con arreglo al cual debía encargarse separadamente, á cada uno de los principales asiriólogos, la interpretación de un mismo letrero. Devolviéronse las respuestas en pliego cerrado al presidente de la sociedad, y se vió entonces que no era posible un resultado más satisfactorio: cuatro sabios entraron en la competencia (Hinck, Rawlinson, Oppert y Fox Talbot), y las cuatro traducciones estaban de acuerdo en su esencia. Desde que se hizo la prueba hasta hoy, los progresos han sido infinitamente mayores; y con razón dice un escritor entendido que Ninive y Babilonia han resucitado en nuestro tiempo por medio de la ciencia.

Después de terminados sus trabajos de exploración en el Oriente, volvió á Inglaterra el señor Layard, y continuó en la carrera diplomática hasta llegar á subsecretario del ministerio de Negocios extranjeros, bajo la dominación política del partido liberal inglés. Elegido miembro de la Cámara de los Comunes por el distrito de Aylesbury, se distinguió como uno de los más notables oradores del Parlamento, y como profundo político, pues á su iniciativa se debe la reforma

del ejército bajo la base del estudio y mérito personal, en contra del antiguo sistema de compra de empleos, que tan fatales resultados produjo en la guerra de Crimea, cuyas desdichas presencié el mismo Layard, siguiendo voluntariamente al ejército de su país. El partido moderado quiso conservarlo en el ministerio á la caída de la administración Russell; pero él prefirió guardar consecuencia dedicándose á otros asuntos. En la nueva elevación de los liberales, presidida por Gladstone, fué encargado de la dirección de los trabajos públicos, y desde este puesto ha venido á la plenipotencia de Madrid.

El señor Layard corresponde á la mayor parte de las corporaciones científicas europeas, y la Academia de San Fernando acaba de conferirle asimismo el título de académico honorario.

Antes de terminar esta ligera reseña, parece oportuno añadir que hubo un viajero español que visitó á Persépolis dos ó tres años antes que Pietro della Valle, el cual señaló también la existencia de esos letreros con caracteres cuneiformes. Hay que deplorar, sin embargo, que dado el primer paso tan de antiguo, no haya tenido después las debidas consecuencias. Encargado de una embajada especial en Persia don García de Silva Figueroa, estuvo en 1618 en las ruinas de Persépolis, haciendo de ellas una excelente descripción en los *Comentarios* que dejó escritos de su viaje. Estos *Comentarios* constituyen una obra de bastante interés, que mereció ser traducida en su mayor parte, y publicada en París el año de 1667. Suelen encontrarse en España manuscritos más ó menos completos de ella; pero desgraciadamente nunca ha llegado á publicarse.

JUAN F. RIAÑO.

ANIMALES JUSTAMENTE CÉLEBRES.

III.

Sin perjuicio de la opinión generalmente admitida de que las guerras civilizan, es preciso convenir en que nada hay más bárbaro que una guerra; porque sea el que quiera el valor que el hombre dé á los medios de destrucción material que la naturaleza pone en sus manos, la fuerza será perpétuamente bruta.

Desde el punto de vista de las armas, que es la expresión racional de la fuerza humana, solo se distingue un pueblo culto de un pueblo salvaje en que los medios de destrucción que el primero emplea, son más seguros, más formidables, más terribles: y debemos confesar, que precisamente en la perfección de las armas se encierra un principio de cultura, que el moderno humanitarismo nos ha descubierto á fuerza de tiernas y piadosas investigaciones.

Con la historia en la mano se demuestra que las guerras son menos y más breves, y las batallas menos sangrientas y más humanas, en proporción que los medios de destrucción son más perfectos, más rápidos y más mortíferos.

Nuestro siglo no se negará á dar testimonio de esta verdad.

El siglo XVIII termina con las guerras de la república, y empieza con las guerras del imperio.

Napoleón vuelve de Egipto, dejando 40.000 mameñucos tendidos delante de las pirámides, y otros tantos franceses dejan sus cadáveres inutilizados como si quisieran marcar con ellos el sangriento itinerario de aquella expedición gloriosa.

Europa continuó despedazándose con arreglo á los últimos adelantos del arte de la guerra, y la sangre corrió á mares sucesivamente en Italia, en Alemania, en Rusia, en España.

Europa quedó diezmada.

Nuestra desgraciada guerra en América, la de Francia en la Argelia, la desastrosa campaña de Carlos Alberto en Italia, la guerra de Crimea, la guerra de Italia, la campaña de Austria y Prusia, la guerra de Méjico, la guerra de África, la guerra en Polonia, la guerra en la India y la guerra, en fin, de los Estados Unidos, guerra bárbaramente culta que ha devorado millones de hombres, y además la guerra civil interminable en Francia, que estalla sucesivamente en sangrientas colisiones, la guerra civil en Italia, cuarenta años de guerra civil en España, primero en los campos y en los montes, después en las ciudades, y por último en las ciudades, en los montes y en los

campos, forman la historia de la civilización armada de nuestro siglo.

Se puede decir que en todo lo que va de siglo, Europa vive sobre las armas, y al mismo tiempo bajo las armas.

¿Qué sería de ella á estas horas si la prodigiosa perfección de las armas no hubiera hecho más difíciles las guerras, más breves las campañas, y menos sangrientas las batallas!

Así es, que cualquiera que sea el efecto que nos cause la presencia de un fusil de aguja, estamos obligados á sentir al mismo tiempo la gratitud y el horror: ante la precisión de su riguroso mecanismo, debemos derramar dos clases de lágrimas: lágrimas de terror por el daño que causa; lágrimas de agradecimiento por el bien que produce.

Pero nada de esto le quita á la fuerza su brutalidad intrínseca; porque así como la inercia es la ley absoluta de la materia, la brutalidad es la ley absoluta de la fuerza.

La fuerza es bruta, como la materia es inerte.

Y siendo la guerra el choque violento de dos fuerzas ciegas, es imposible encontrar un acto más brutal que la guerra.

Pues bien, una guerra brutal produce una de las maravillas en que el mundo admira el poder de la inteligencia humana; la guerra de Troya inspira á Homero, y Homero produce la Iliada.

Así se enlazan las armas y las letras: Homero cantó aquel hecho de armas, que

hizo llorar á troyanos y griegos.

Suprimase la guerra de Troya, y la Iliada desaparece: sin la Iliada, la guerra de Troya permanecería ignorada.

El día 14 de agosto de 1837, más de 50.000 personas presenciaban en la gran plaza de Maguncia la erección de un monumento consagrado á la memoria de un grande hombre.

El monumento era una estatua, y la estatua era de Gutenberg, inventor de la imprenta, ó más bien de los caracteres móviles.

Murió Gutenberg el 24 de febrero de 1468, de manera que no obtuvo el honor de la estatua, hasta cerca de cuatro siglos después de muerto; sin duda porque el mundo necesitó todo ese tiempo para convencerse de la poderosa extensión de tan maravilloso invento.

Y en verdad, que todos debemos profunda gratitud al inventor de la imprenta, lo mismo los sabios que los ignorantes, lo mismo los ignorantes que los perversos.

Los sabios, porque tienen en la imprenta un medio de estender la ciencia.

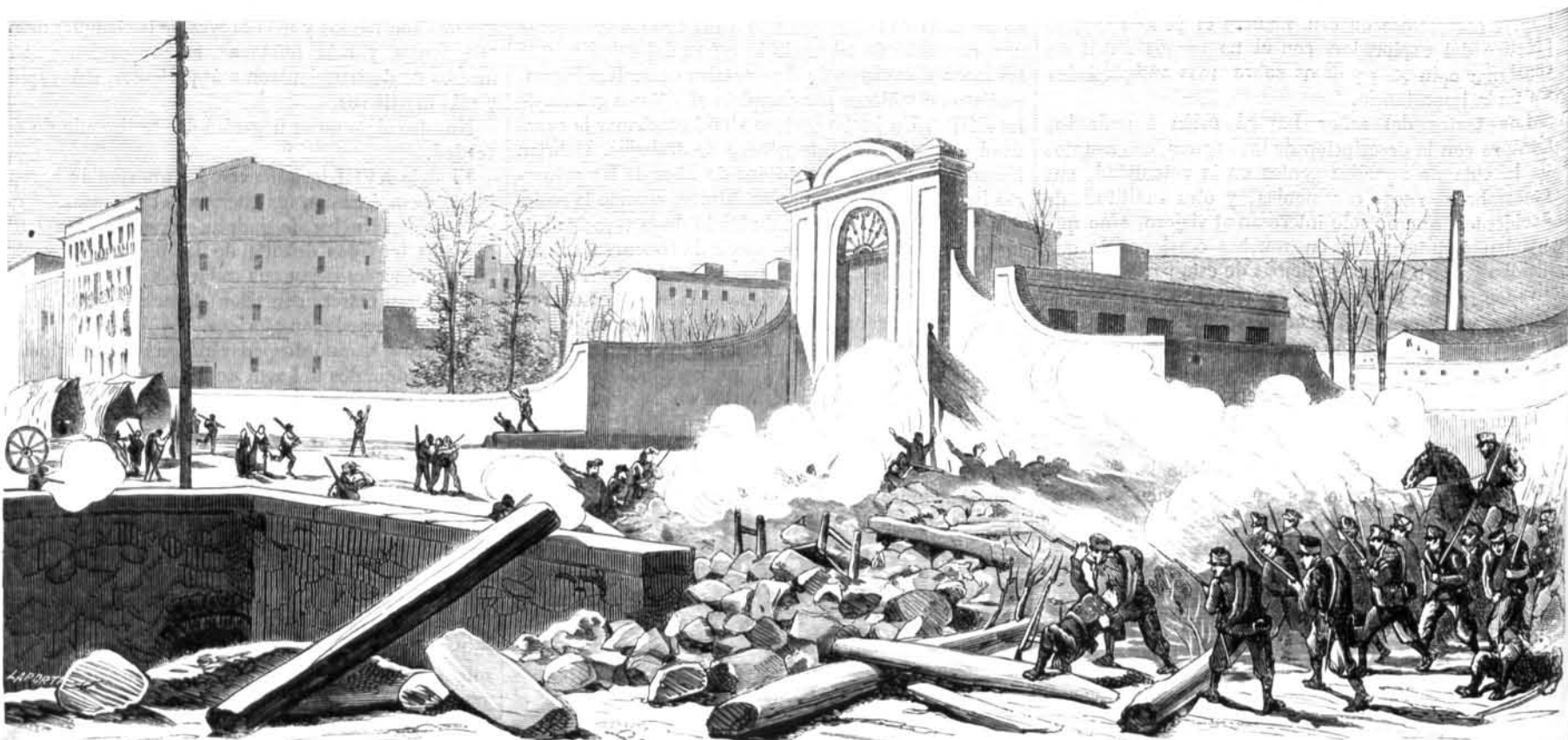
Los ignorantes, porque del mismo modo disponen de ella para esparcir las sombras de su propia ignorancia.

Los perversos, porque no hay nada que como la imprenta lleve con más seguridad y con más prontitud á la inmensidad del vulgo, la semilla intelectual de todas las perversidades.

Por una cruel combi-



MR. LAYARD, MINISTRO ACTUAL DE INGLATERRA EN ESPAÑA.



BARRICADEA DELANTE DE LA ESPAÑA INDUSTRIAL.

ción de las cosas, la verdad se encuentra obligada á agradecerle á Guttemberg la invención de un artificio que sirve admirablemente para propagar todos los errores.

Instrumento ciego de rápida y continua comunicación entre los hombres, reclama con justo derecho lo mismo la gratitud del bien que los homenajes del mal.

Difícilmente se encontrará entre las glorias humanas una que más justamente merezca el aplauso universal, porque si la verdad le debe mucho, al mismo tiempo ¡cuánto no le debe el error!

Cuentan que Guttemberg se encontró, cierto día que la tradición no señala, en medio de un camino; quizá iría de Maguncia á Estrasburgo, ó volvería de Estrasburgo á Maguncia.

Debemos suponerle meditabundo y cabizbajo, como todo hombre que siente en su cabeza el peso de una idea, cuya forma no encuentra.

Delante de Guttemberg caminaba una mula, como si este animal quisiera guiar á Guttemberg como un hombre guía á un niño; pero ello es que Guttemberg seguía los pasos de la mula.

Entonces pudo observar cómo se estampaban las herraduras en el polvo del camino.

Así dicen que se completó en la cabeza de Guttemberg la idea de la imprenta.

Reclamó, pues, para esta mula, la celebridad que le corresponde.

Ella inspiró á Guttemberg la imprenta, como la guerra de Troya inspiró á Homero la Iliada, y una mula no es más brutal que una guerra.

Se dirá que no hay certidumbre

histórica de semejante relato; pero tampoco hay certeza histórica de la guerra de Troya, y sin embargo es célebre.

¿Sería la mula de Guttemberg el único bruto á quien ha dado celebridad la imprenta?

El hecho podrá no ser cierto, pero es posible, y si no es histórico, no puede negarse que es natural.

Acaso sea triste tener que descender hasta la herradura de una mula, y hasta el polvo de un camino, para buscar, digámoslo así, la impresión primera de

la imprenta; pero observemos que la Providencia se complace frecuentemente en asociar á la soberbia del hombre las más humildes circunstancias.

Es probable que Guttemberg hubiera descubierto

PUERTA ORIENTAL DEL BAPTISTERIO

DE SAN JUAN EN FLORENCIA.

No necesitamos llamar la atención de nuestros lectores sobre el diseño de la inspirada obra de arte que aparece en LA ILUSTRACION con la leyenda que antecede para que comprendan que se trata de una verdadera maravilla.

Abierto un certamen entre los escultores de Italia, alcanzó el beneplácito del jurado un joven florentino llamado Ghiberti y recibió el encargo de ejecutar dicha puerta cuando acababa de cumplir veinte y cinco años. Con decir que la terminó á los sesenta y cuatro, basta para comprender que constituye ó condensa toda la vida de un artista de génio. En efecto, al poco tiempo de terminarla murió Ghiberti.

Los asuntos que se hallan representados en la referida puerta, fueron elegidos por Leonardo Bruni, uno de los cancilleres de la República florentina, quien al designarlos al distinguido artista, le dejó en completa libertad respecto á su ejecución. Esta es admirable bajo todos conceptos, y no dudamos que nos agradecerán todos los amantes del arte la reproducción de la obra maestra de Ghiberti.

En los diez bajo-relieves que la adornan, el artista con inimitable maestría, ha representado los acontecimientos más culminantes del Antiguo Testamento, sobresaliendo entre todos los que representan la formación de Adán y Eva, su expulsión del Paraíso terrenal, y la predi-

cación de Moisés desde el monte Siná. En los espacios que separan los bajo-relieves se admiran veinte y cuatro estatuas de varios profetas y personajes bíblicos, mereciendo particular mención entre estos últimos, las de Miriam y Judith. Los ángulos de los bajo-relieves están adornados con bustos, entre los que dejó el escultor los retratos de casi todos los artistas que contribuyeron á la creación del Baptisterio.

Completa este magnífico conjunto una especie de



PUERTA ORIENTAL DEL BAPTISTERIO DE SAN JUAN EN FLORENCIA.

la imprenta sin la intervención de la mula; pero debe tenerse por cierto que al fin la imprenta habría sido descubierta sin Guttemberg.

Si tanta gloria le concedemos á Guttemberg, alguna debemos también concederle á la mula.

J. S.

marco tallado con una delicadeza y buen gusto superiores á todo elogio.

Esta incomparable puerta, que por sí sola representa una escuela completa de escultura, merece hoy más que nunca ser estudiada, para rendir al pasado el debido homenaje y encontrar el estímulo que debe realzar el porvenir del arte.

LA CATEDRAL DE LA HABANA.

A corta distancia de la plaza de Armas se levanta el templo que reproducimos en uno de los grabados que aparecen en este número. Verdaderamente grandioso, es además original en extremo por su arquitectura. Ningún otro se le asemeja: el arquitecto que dirigió su construcción, inspirado sin duda por la inagotable variedad de formas que ofrece la naturaleza tropical de la hermosa antilla española, quiso dejar su impresión en el mencionado edificio. Imposible es reunir mayor lujo de adornos; todos los estilos arquitectónicos ofrecieron á su imaginación sus galas, y empleándolas todas, formó un monumento rico y espléndido. En aquella fachada, en aquellas torres, en aquellos adornos, no hay tranquilidad, todas las líneas se agitan, y la luz, al reflejarse en los adornos, en las ventanas, en las hornacinas, en los frisos y en los zócalos, produce efectos sorprendentes.

El interior de la catedral, cuyo grabado publicaremos en el próximo número, forma contraste con el exterior. El templo es sombrío y melancólico: la ornamentación es variada y abundante; pero las luces imprimen un carácter tétrico al espacio que hay bajo las bóvedas y entre los arcos que forman las pilastras. La pared llana del coro produce un efecto particular: sobre ella está pintada una perspectiva del mismo coro, y delante aparece entre nubes y rodeada de ángeles una imagen de la Virgen.

Digno es también de especial mención el monumento que se levanta á la derecha del coro en memoria del inmortal descubridor del Nuevo Mundo. En él descansan las cenizas de Cristóbal Colón, y le completan un busto en relieve del mismo y una inscripción en extremo sencilla.

UN CUADRO DE LUIS DALMAU.

SIGLO XV.

Si el arte tiene alguna influencia en la vida y riqueza de las naciones; si para el desarrollo del arte es necesario conocer y fijar su historia, y si para esa historia son interesantes sus producciones de varias épocas, mayormente las notables bajo algún concepto, el cuadro de Luis Dalmau á que hacen referencia las presentes líneas, es una joya inestimable, singular en su clase y digna de ser contada entre las mejores riquezas artístico-arqueológicas del país.

Su historia particular quedará resumida en breves palabras.

A fines del siglo XIV el municipio barcelonés erigió su edificio concejil, obra también singular, de la que no sin dificultad se han salvado algunos miembros principales, entre ellos el Salón de Ciento. Otra dependencia, exigida por el esmero religioso de aquella época en todo edificio principal era la capilla; ésta fué erigida en el piso alto, junto al predicho salón, y subsistió hasta la fábrica del moderno Consistorio. Para decorarla los Concelleres en el siglo XV, mandaron construir un retablo del cual formaba parte el cuadro que nos ocupa, trasladado después al vecino templo de San Miguel, por efecto de cuya demolición queda hoy en el archivo de la casa.

El grabado adjunto dará cabal idea de esta producción. Las figuras son de tamaño natural; el cuadro mide 2,80 metros de alto y otro tanto de ancho. Pintado sobre tablas de roble, desgraciadamente desvenecijadas, con una preparación de lienzo y yeso y colores de mezclas oleosas sin barniz, según la práctica entonces general, nada ofrece que observar en este concepto. El asunto es parecido al de muchos cuadros volivos de aquella época y de otras posteriores, susceptible de gran interés como en los de Rafael y Murillo, si á la convencionalidad plástica hubiese prevalecido el sentimiento estético; pero no cabe exigir á una

época más de lo que da de sí. Este cuadro pertenece al siglo XV: como tal debe apreciarse, y bajo semejante criterio establecemos su comparación.

En medio de un templo-galería de severo estilo ogival, campea la Virgen Madre sentada en rico trono recibiendo la adoración y el homenaje de los cinco Concelleres dedicados, acompañados de sus patrones Sta. Eulalia y San Andrés apóstol y de un coro de virgenes puesto en grupo tras de los calados ventanales sobre un fondo perspectivo de campiña, castillos y marina, que algunos, por haberlo observado mal, supusieron ser la vista de Barcelona.

La composición es sumamente armoniosa, aunque simétrica; el dibujo hábil é inteligente en los perfiles, ecorzos, paños y accesorios, pero no tanto en cabeza, manos y otras partes desnudas; el sentimiento se contrae á la espresión piadosa, si no muy sentida de los personajes secundarios, y sobre todo al aire de verdadera magestad, noble, arrogante y bella, de la Soberana Princesa que domina la composición. Esta figura es lo mejor del cuadro, y lo que más le avalora en el concepto artístico. Perfectamente destacada del trono y éste de un bien entendido juego de cruzería, aparece esta sección tan graduada de tonos, tan pastosa de color, que no recordamos haber visto semejante en otras pinturas coetáneas, siendo sin duda una inspiración, quizá un presentimiento superior á su época. La figura además reúne suma corrección como diseño, y como tipo unos rasgos que no parecen hijos de nuestro suelo, de tal modo que se ha llegado á sospecharle un origen alemán, por su analogía con las mejores creaciones de Van Dyck y Dürer: y acaso en otro concepto pudieran rivalizar con las más señaladas de la escuela italiana de Giotto y Mosaccio. Pi y Arimon, autor de *Barcelona antigua y moderna* y algunos otros escritores locales, se inclinan al pringir dictámen, queriendo fundarle en un supuesto monograma de Alberto Dürer que creyeron ver en el amosaicado del pavimento; pero no hay tal cosa: las letras que se leen son las primeras de la Salutación angélica, *Ave Maria*, repetidas en distribución geométrica, haciendo juego con el escudo de las armas barcelonesas; y acerca de la patria del cuadro y de su autor, obsérvese la circunstancia poco común de llevar firma y fecha; cosa que naturalmente debió haber zanjado toda duda. Corre en efecto por la peana del magnífico sôlo, una inscripción que dice así:

«Anno MCCCCXLV, per Ludovicum Dalmau fiii depictum».

Pero todavía existe un dato más curioso para fijar la historia de esta pintura, dato que hemos tenido la fortuna de descubrir entre viejos papeles del archivo municipal, y cuyos pormenores, á vista del mismo cuadro, son una rareza casi sin ejemplo en los anales del arte, con documento singularísimo que solo apreciará debidamente el historiador arqueólogo, sabida la dificultad de sentar seguras premisas para deducciones positivas entre la multitud de trabajos anónimos que nos dejó el arte de los siglos medios. Este documento que vamos á trasladar, es la contrata original que pasó entre los Concelleres y el pintor, acompañada de un ligero diseño, donde se marca la forma del cuadro y el orden de colocación de sus figuras; rasgo característico é ingenuo, bastante á revelar de sí el concepto mecánico que se hacía entonces del arte más liberal, incluso los mismos artistas, á juzgar por muchas reglamentaciones de aquel tiempo que apenas les conceden un humilde lugar entre las demás clases industriales; y eso explica de otra parte las muchas dificultades que encontraría el génio para eximirse de la rutina y tomar un vuelo propio, haciendo doblemente estimables los esfuerzos del que, sacudidas tales trabas, lograba como en nuestro caso salir de la vulgaridad y crear algo espontáneo. Hé aquí el contrato literalmente vertido del catalán.

«En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, de la sagrada Virgen madre suya, y de la Virgen santa Eulalia, cuerpo santo de Barcelona. Sobre el retablo infrascripto hacedero en la capilla de la casa del Concejo de la ciudad de Barcelona, se han hecho y concordado los siguientes capítulos entre los honorables Mossen Juan Lull, M. Ramon Savall, M. Francisco Llobet, M. Antonio de Vilatorra y M. Juan de Junyent, Concelleres el año presente de una parte, y de otra en Luis Dalmau pintor. Y primeramente dicho Luis Dalmau conviene y en buena fé promete á los referidos

honorables Concelleres y á sus sucesores en el cargo, que de la firma del presente á un año continuo y próximo, habrá puesto y colocado el tal retablo dentro de la capilla con todo acabamiento, según la traza, forma y disposición de la pared interior de aquella, donde cae el altar, y según el modelo ya enseñado á los señores Concelleres; cuyo retablo con su guarda-polvo, hará y deberá ser de buena madera de roble de Flandes, bien entrapada y enyesada, según á semejantes retablos corresponde.

«Item, el dicho Luis Dalmau pintará en debida proporción y mesura al centro del retablo la imagen de Ntra. Sra. Santa Maria, sentada en suntuosa silla, con el Infante Jesus al brazo, esfiada y vestida de variedad de colores, vivas, altas y salientes, pero el manto deba ser coloreado de azul de acero, el más fino que hallarse pueda, con solemne galonadura de oro fino de Florencia, sembrada á semejanza de perlas ó piedras.

»Y al lado ó parte derecha del retablo pintará la imagen de la Virgen Santa Eulalia patrona y singular abogada de dicha ciudad, teniendo entre manos el escudo de su martirio, y después en el mismo lado pintará tres de los señores Concelleres, esto es, Mossen Juan Lull, M. Francisco Llobet y M. Juan de Junyent, de hinojos, con las manos juntas, dirigiendo la vista hacia la imagen de Nuestra Señora, siendo esfiados según proporciones y hábitos de sus cuerpos con los rostros tan propios como ellos vivientes los tienen formados, vestidos de sendas zamarras y capirones, de colorado tan vivo que aparezca ser de grana, con sus puertitas (colleres) y lenguas (bocamangas) que semejen forradas de hermosos veros (pieles).

«Idem, queda convenido que al lado izquierdo pinte la imagen del bienaventurado apóstol San Andrés, con manto y la cruz de su martirio, y al pie de él los dos Concelleres Mossen Ramon Savall y M. Antonio de Vilatorra, así proporcionados conforme son en los hábitos de sus cuerpos, también con zamarras y capirones, é hincados en igual forma que se ha dicho de los anteriores.

«Idem, en medio del bancal de dicho retablo, figurará la Piedad con el Santo sepulcro en el centro y un ángel que sostenga á Jesús por los hombros. Al lado derecho pondrá la imagen de San Juan Evangelista, y al izquierdo la de Santa Maria Magdalena con la urna (alabaustro), mostrando ademanes afligidos con motivo de la pasión de Jesucristo, y á ambos cabos del propio bancal pintará las armas de la ciudad rodeadas de hojarasca en debida proporción.

«Idem, queda convenido que todo el campo del retablo, á escepcion de los espacios que ocupen las imágenes y otras pinturas concernientes á ellas, sea dorado, de buena y vistosa doradura, de oro fino de florin de Florencia.

«Igualmente queda convenido que en la punta del guarda-polvo del propio retablo, pinte el escudo real de la corona de Aragon, flanqueado de dos ángeles que lo sostengan, y engalonado el resto del guarda-polvo por ambos lados con varios follajes dorados.

«Y por todo el retablo sobredicho, acabado, dorado y puesto dentro de la capilla, tendrá dicho Luis Dalmau, y los honorables Concelleres prometen hacerle dar y pagar realmente y de hecho 5.000 sueldos barceloneses, en las pagas siguientes, á saber: de contado 1.500 sueldos; cuando el retablo esté á medio hacer, otros 1.500, y cuando se halle concluido y puesto en su lugar, los 2.000 restantes.

«Y dicho Luis Dalmau dará buenas y seguras fianzas á juicio de los indicados Concelleres, de restituir y devolver cualquiera partida recibida de los 5.000 sueldos, si por caso de enfermedad, fallecimiento, ausencia ú otro defecto cualquiera, dentro del espresado término de un año ó tal vez mayor si se lo otorgaren los señores Concelleres, dejase de concluir y poner dentro de la capilla en la forma susodicha el espresado retablo.

«El martes 29 de octubre, del año del N. del Señor 1413, fueron suscritos los anteriores capítulos por los honorables Concelleres que se espresan, y firmados y jurados por el pintor Dalmau, que prometió cumplirlos y observarlos según su tenor, obligando aquellos los bienes del comun, y éste los suyos propios, habidos y por haber, siendo testigos Juan Carreres, mercader, el discreto Bernardo Monserrat, notario subsindico, Pedro Cabel, macero del comun, y

Bernardo Rotlan escribiente. El sábado 16 de noviembre firmaron como fiadores Ferrario Bertran, Felipe de la Caballería, y tres días después Manuel Dalmau, atestiguándolo Francisco de Moles, notario, y Bernardo Rotlan, escribiente.»

Este contrato dá margen á algunas observaciones que interesa consignar. Es una la condicion de que se retratase á los Concelleres, esto es, pintándoles segun sus *aptitudes naturales y rostros propios*, como ellos *vivientes los tenían formados*; condicion que el artista llenó sin duda á presencia de los modelos, atendido el carácter de verdad y variedad que en las fisonomías se observa, harto más natural que el de otros personajes de invencion; y esto nos suministra á la vez un dato fijo de la pintura de retrato, y un bello ejemplar de su adopcion, que consideramos muy superior á los del príncipe de Viana, Inés Sorel, Juana de Arc, Carlos VII y otros pocos conocidos de aquel siglo, no anteriores á Dalmau. Esta circunstancia, si bien obligada, es el punto de partida de un gran progreso, y quizá revela el orden de procedimiento con que empezó á tomar vuelo el ingenio emancipado. El estudio del natural era cosa ignorada, ni siquiera imaginada por aquellos buenos imagineros, humildes religiosos al principio, sencillos artesanos aun en días de Dalmau, toda vez que unas ordenanzas del gremio de pintores del año 1476 que tenemos á la vista, equiparan el artefacto de retablos á los de banderas, escudos, armarios, bancos, etc., resultando de aquí, segun antes dijimos, que el arte de la Edad Media fue un mecanismo, sin más teorías que la convencionalidad y rutina basadas en la tradicion de fórmulas hieráticas, sin verdadera nocion de lo que constituye su esencia. Por eso todas las producciones anteriores al siglo XV se parecen, y todas adolecen de iguales defectos. En Italia, sin embargo, se inició más pronto la restauracion de los buenos principios que llamamos Renacimiento, gracias al régimen liberal de sus repúblicas, algo de cuya influencia, por analogia de instituciones, debió imprimir á nuestra escuela el adelanto que se inicia en la notable obra de Dalmau. Como quiera, sus retratos son un ensayo felicísimo, no sólo cual estudio de cabeza, sino cual vaciado de toda la figura: véase en ellos la verdad, la copia del sugeto viviente, y ahí está en nuestro juicio, el síntoma precursor de la asombrosa resolucion que debia operarse en breve.

También del traje de los Concelleres puede sacar deducciones la indumentaria, y si el cuadro traza su forma, el contrato espresa su denominacion. Ya no es gramallo esa espléndida toga que tanto ayudaba al efecto pictórico, y tanto realce imprimía á las graves figuras de nuestros populares magistrados. Aquel ropón ha tomado el nombre de *zamarra*, sin que por eso deje de subsistir la gramalla como traje civil; sus cabezones en forma de dos piezas cuadradas de armazón, que también usaron la nobleza y el clero, procediendo de ellas sin duda el *rabat* francés y el moderno *collete*, denominanse *puertas*; *lenguas* se llaman las boca-mangas ó aberturas laterales, también de pieles, que recogidas por alto, seguian adelgazándose hacia sus extremos, figurando la doblez ó aforro interior. Sin variacion apenas, véase el propio traje en una conocida miniatura del libro titulado *Comentarios de Marquilles* existente en el indicado archivo municipal, obra del año 1448, que es casi la fecha de nuestra tabla, aunque bien inferior por cierto así en conjunto como en detall. El capiron ó capirote era una especie de frontero con manga doblada, y una larga tire (chia) que servia para sostenerlo cuando se llevaba derribado á la espalda.

Otra preciosa observacion sugiere el antedicho documento, al exigir que fuese de oro el campo ó espacio no llenado por las figuras. ¿Por qué el artista se separó de tal condicion? Más aun, ¿por qué prescindió absolutamente de todo dorado en coronas, paños, orlas y demás adinículos, dorado que profusamente suelen ostentar las pinturas dichas *góticas*, hasta bien entrado el siglo XVI? Hé aquí otro rasgo de ingenio y progreso: el dorado fué un abuso, una candidez; el dorado no es color: mera sobreposicion, su costra postiza recorta duramente las líneas, rompiendo armonías y tonos. Pudo sostenerse mientras no se conoció la perspectiva aérea; mientras las composiciones se redujeron á una hilera de imágenes, á su vez secas y recortadas, conforme vemos en miniaturas, mosaicos,

vidrieras y tablas de los siglos medios, así en Oriente como en Occidente, inclusa Italia hasta después de Cimabué. Era necesario que la pintura comenzase á ennoblecerse para que un artista como Dalmau adivinara la ventaja real de sacrificar aquellos recursos pueriles, que si aun ofrecian atractivo al vulgo ignorante, en puridad constituian una traba para el pintor y un detrimento para su obra. Esa es la causa por qué saliéndose de la estipulacion escrita y formalmente impuesta, hizo el campo de paisaje y cielo, las orlas de amarillo, y de igual color las brochaduras, presillas, ceñidores, el ropaje de brocado de Santa Eulalia, etc., y aun en las coronas de los santos fué tan parco, que se ciñó á trazar de purpurina simples aureolas radiales. El resultado no podia ser más feliz: las galonaduras casan suavemente con la pedrería que los realza, de modo que este accesorio es de lo mejor tratado del cuadro; todas las piezas figurando oro, presentan un relieve é ilusion de que nunca fuera susceptible una plasta metálica sin matices; y en cuanto al espacio libre no hay que encarecer la diferencia entre cerrarlo con oro ó abrirlo al dulce y privativo aspecto de la naturaleza. Á buen seguro los Concelleres debieron perdonarle muy de grado su trasgresion; los coetáneos la aplaudirian, y la posteridad debe agradecerla y estimarla como un triunfo. Y hé aquí otra gloria que no cabe rehusar á nuestro pintor: él debió ser, si no el primero, uno de los que inventaron la perspectiva real, pues cuando en la escritura se prefija campo de oro, esto debia considerarse lo mejor y más corriente, pues á existir ejemplos de una cosa más adelantada, es regular se hubiese preferido para un trabajo de tal entidad. Pruebas sobradas de que no habia semejantes ejemplos, las tenemos en varias tablas y retablos de la catedral de la misma ciudad, algunas de fines del siglo XV y principios del XVI, todas las cuales llevan fondos é incrustaciones de oro.

Permítasenos otro comentario. La escritura quedó cerrada en los últimos días de octubre de 1443; el pintor firmó su cuadro en la fecha de 1445, luego debió consagrar á él más del año señalado de plazo. ¿Y cuál fué su recompensa por un trabajo tan cuantioso? *Doscientos sesenta y seis* escudos de nuestra moneda, menos de lo que se paga hoy un mediano retrato, aun habido cuenta de la diferencia de valores. Seguramente que el pobre artista, lejos de hacer ahorro alguno, se comeria las ganancias mucho antes de concluir y presentar su trabajo. ¡Siempre la gloria se ha pagado así!

Entre sus fiadores aparece un Manuel Dalmau: ¿Seria padre, hermano ú otro deudo inmediato del artista?

El compartimiento inferior del cuadro, llamado *bancal* en la escritura, no existe, y probablemente se recortaria para darle cabida en alguna de sus mudanzas; pérdida sensible, toda vez que representando asuntos menos *tocados* que el principal, ayudaria mucho á formar juicio de la espontaneidad é inventiva del pintor.

El guarda-polvo, guarnicion ó marco, aunque separado, se conserva, y es un buen modelo de entalladura, con dos ángeles en la cima sosteniendo el blason de las barras catalanas, y un juego de follajes de de alto relieve, que por cierto nada tiene que envidiar á lo más delicado de su estilo.

Otras cosas podrian añadirse, pero las omitimos en obsequio de la brevedad: para que se vea con cuánta razon enuncia al principio el interés de semejantes obras para el arte, y su importancia para la historia.

JOSÉ PUIGGARI.

LA AUTORIDADES DE CUBA.

Á fuer de españoles y amantes de nuestra patria, no podemos prescindir de ocuparnos, aunque someramente, segun lo permite la índole de este periódico, de los actos laudatorios de nuestras primeras autoridades de Cuba, actos que enaltecen su administracion, y que serán otras tantas páginas gloriosas cuando en día no lejano se escriba la historia de esa infausta guerra que por fortuna está pronta á terminar.

Mientras el bizarro general Caballero de Rodas se lanza al campo de la lucha para concluir por sí mismo

con las exiguas bandas de insurrectos que aun quedan por someterse al pabellon español, generoso siempre, el intendente de Hacienda señor Santos, con esa voluntad de hierro, con ese espíritu activo que le distingue, y con esa inteligencia que tan competente le ha hecho ya en los asuntos económicos, se dedica sin descanso á restablecer el crédito, á moralizar la administracion, á destruir con mano firme inveterados abusos, á arbitrar, en fin, medios poderosísimos que sirvan de fuerte auxiliar á la terminacion de la guerra. Ambas autoridades se encuentran desde el primer momento unidas por una sola aspiracion; ambas dirigen su patriótica vista á un solo punto; y quien otra cosa diga, si por ventura conoce lo que en la perla de nuestras Antillas pasa, sabe que no está en lo cierto, y debe comprender que haciéndose eco de falsos rumores, presta indirectos servicios á la causa, ya espírate, de la insurreccion.

El general Caballero, protegiendo y dando vida al partido verdaderamente español, halagando á los voluntarios sin humillar la autoridad ante la fuerza de sus bayonetas, dirigiendo hábilmente las operaciones, distribuyendo con gran conocimiento del país y del arte de la guerra las columnas así de ataque como de ocupacion militar, y trasladándose, por último, al centro de la insurreccion para infundir con su presencia aliento á las tropas y con su palabra el desencanto á los rebeldes, ha merecido bien de la patria, porque su conducta hábil, enérgica y prudente al mismo tiempo, ofreciendo está ya los admirables resultados que con ella se prometiera alcanzar.

El intendente Santos, cicatrizando las llagas que un vicio social abriera en algunas partes del cuerpo que constituye la administracion económica de la isla, haciendo crecer prodigiosamente los rendimientos, al paso que suprimia exacciones que desde el instante en que fueron impuestas habian sido miradas con repugnancia por el país, normalizando los servicios todos é infundiendo con sus actos gran confianza al Banco y al comercio, en una plaza tan esencial y tan importantemente mercantil como es la Habana, ha vivificado el espíritu para la resistencia, y ha merecido por ello asimismo bien de la patria.

Una y otra autoridad, obrando en sus respectivos círculos independientemente, pero unidas por un lazo comun, han demostrado que son funcionarios tan entendidos y celosos como hábiles políticos; que de nada sirve la energía del alma cuando las fuerzas decaen ó no se dirijen convenientemente, ni la exhuberancia del poder material, cuando el espíritu se enerva, cuando el ánimo se empequeñece.

En tanto que aquí en España damos el triste ejemplo de una tan profunda division en los partidos; en tanto que aquí las ambiciones, los odios personales, la repugnante envidia, las miserias de todo género, han colocado una negra venda sobre los ojos del hombre político, que no le permite ver la inminente ruina de su patria, siente el corazon dulce bienestar al comprender que lejos de ella, aunque en un rincón de nuestro mismo suelo, existen españoles que olvidando por completo las discordias que nos separan, dedican todo su conato, todo el esfuerzo de su voluntad y de su inteligencia, á sacar incólume la honra de España del fangoso cieno en que pretendieron sepultarla unos cuantos malaventurados.

Dejémoslos tranquilos, no perturbemos su gloriosa marcha, envolviéndolos en nuestras miserables rencillas, que ellos saldrán adelante con la empresa noble que acometieron, y después, pasado algun tiempo, al recrear su vista en aquella hermosa isla, ya pacífica y de nuevo floreciente, podrán decir con orgullo, con legítimo orgullo á sus conciudadanos: *Hé aquí nuestra obra.*

ALEJANDRO BENISIA.

LIBROS NUEVOS.

Libro, y libro notable, es el que forman los discursos pronunciados por don Adelardo Lopez de Ayala y el marqués de Molins con motivo de la solemne recepcion del primero en la Academia Española.

Teniendo por fuerza que limitarse nuestro examen de estos trabajos á entusiasta panegirico, porque no es posible leer las inspiradas páginas en que ha descrito el alma del inmortal Calderon del digno heredero.

ro de su gloria, sin sentir una profunda y vehementemente admiración, vamos para incitar á nuestros lectores á que recreen su inteligencia en esta joya literaria á reproducir uno cualquiera de sus admirables fragmentos.

Después de manifestar el señor Lopez Ayala que la misma naturaleza del teatro exige del autor dramático dos facultades primordiales y esenciales; la de identificarse en afectos, ideas, creencias y aspiraciones con el pueblo en que ha nacido, y la de adivinar la manera de darles vida y realce sobre la escena refiriéndose al inmortal autor de *La vida es sueño*, se espresa en estos términos:

«Pues éstas dos condiciones del teatro, dice, estas dos alas de la inspiración dramática, ¿quién, señores académicos, quién en los tiempos pasados ni presentes las ha agitado con fuerza

tan poderosa y constante como don Pedro Calderon de la Barca?

Por una coincidencia que suspende y admira, las exigencias nacidas de la íntima naturaleza del teatro se convierten al examinar las obras de este autor en sus cualidades más distintivas, en sus rasgos más propios, confundiendo en una sola abstracción el arte y el artista. Lo que en el teatro es esencial, en Calderon es característico.

Fuerza será decir algo de los elementos que constituían la España de su tiempo para apreciar debidamente hasta qué punto supo inspirarse en ellos y presentarlos en la escena con todo el encanto y maravilloso relieve del arte. Lo haré con la concisión propia del que se dirige á quien sabe lo que voy á decir.

Ocho siglos consecutivos en que nuestros padres pelearon sin tregua ni reposo por el templo de



VENDEDORA DE ARENA EN BARCELONA.



LA CATEDRAL DE LA HABANA.

su Dios, el sepulcro de sus mayores y la cuna de sus hijos (hecho capital en nuestra historia y sin ejemplo en la del mundo), estimularon y fortalecieron prodigiosamente todas las generosas cualidades que

eran necesarias para asegurar el triunfo de tan venerandos objetos: el valor indómito, propio del que teniendo á Dios de su parte en ninguna ocasion se encuentra solo, impetuoso é incontrastable en el hom-

bre que luchando por su perdida pátria, mientras no la tiene le es estorbo la vida, como falta de esfera en que ejércitarla; la lealtad á los reyes que caudillos primero de sus pueblos, conduciéndolos á la victoria,

EPISODIOS DE VIAJE.



DESPACHO DE BILLETES EN LA ESTACION DEL MEDIODIA EN MADRID, CON MOTIVO DE LA FERIA DE SEVILLA.

y padres despues, librándolos del yugo del feudalismo, presentaron al amor de sus vasallos el doble titulo del beneficio y de la gloria, encadenando sus corazones con los naturales efectos de la gratitud y del entusiasmo; el honor acrisolado en los combates, única garantía capaz de asegurar el cumplimiento de los

tremendos deberes de la guerra. Y es natural que, durante una batalla de tantos soles, la mujer apareciese en la exaltable imaginacion de los guerreros como el bálsamo de tantas heridas, el reposo de tantos afanes, el premio de tantas victorias; como la reina, en fin, de un hogar defendido por el incansable

ejercicio de la espada é imaginado en medio de las asperezas de un campamento.

El amor idealizado por la guerra, el honor inflexible, la lealtad sin reservas, el valor sin excusas, fueron, pues, los eficacisimos auxiliares de la religion y del patriotismo, que fundidos en una sola idea, eran

el único espíritu viviente en todas las venas del Estado. Estos heroicos afectos y cualidades distintivas del español participaban de la vehemencia y exaltación propias de la santa empresa en cuyo servicio se habían enardecido, y á cuyo triunfo simultánea y armónicamente concurrían.

Terminada la guerra de la reconquista, y antes que el sosiego de la paz y sus naturales consecuencias hubieran calmado esta vehemencia característica del español, súbitos y poderosos incentivos la estimularon nuevamente al nacer el siglo XVI, hermano gemelo del emperador Carlos V. Á los hijos de Mahoma reemplazaron en el campo de batalla los sectarios de Lutero: á la completa posesión de España sucedió inmediatamente el descubrimiento de un Nuevo Mundo, como si la Providencia hubiera querido experimentar por espacio de ocho siglos la constancia española, antes de confiarla el sublime encargo de llevar por primera vez las banderas de Cristo á las inmensas antípodas regiones. Las guerras de religión mantuvieron en su entereza primitiva aquel carácter ferviente, osado y aventurero, creado por la reconquista y tan fielmente impreso en las sencillas y enérgicas páginas de nuestro *Romancero*. Las novedades, encantos y misterios del Nuevo Mundo, las increíbles aventuras é inauditas proezas de que fué teatro, prestaron tanta verosimilitud á las fantásticas quimeras de los libros de caballería, que no parece sino que sus primeros autores las concibieron inspirados por el vago presentimiento del próximo y maravilloso destino del pueblo castellano.

Tal era la España que don Pedro Calderon de la Barca se propuso reproducir en la esfera del arte; pues aunque en el siglo XVII eran ya evidentes los síntomas de su decadencia, aunque ya podía pronosticarse que aquella voraz excitación del espíritu había de concluir debilitando todos los miembros de la gigantesca monarquía, aun no había mediado el espacio de tiempo que necesita el infortunio, por violento que venga, para estragar los afectos y rebajar el carácter de una nación sostenida por la fe, fortificada en tan rudas pruebas y ensoberbecida con el laurel de tantas victorias.

Basta recordar los títulos de las obras de Calderon para comprender que componen su teatro los mismos elementos que hemos señalado como constitutivos de la sociedad española.

¿Es posible trazar el retrato de una época con más vigor, con más colorido que el que resulta de los anteriores párrafos?

Pues en el mismo tono está todo el discurso. El señor Ayala ha llevado sávia y calor á la Academia, y de esperar es que su amor á las letras y su privilegiado talento anticipen y sazonen los frutos de aquella ilustre corporación.

ALBUM POÉTICO.

EL ROCÍO.

I.

Desde la cumbre
tímida el alba
borda los cielos
de oro y de nácar.

Inquieto el aire
mece las ramas,
y alegre corre
saltando el agua.

Las flores abren
sus hojas castas,
los ramos tienden,
las frentes alzan.

Y del rocío
de la mañana
dobles coronas de brillantes perlas
muestran ufanas.

II.

La tarde espira
la luz se apaga,
y enluta el monte
la sombra vaga.

El aire triste

gime en las ramas,
y entre las piedras
solloza el agua.

Cierran las flores
sus hojas pálidas,
los tallos doblan
las frentes bajan.

Y es el rocío
que las esmalta,
el llanto con que lloran afligidas
sus muertas galas.

III.

Hasta las dulces gotas
con que el rocío baña,
de las sencillas flores
las hojas perfumadas,
son, para ejemplo triste
de las pompas humanas,
por la mañana, perlas,
y por la tarde, lágrimas.

J. SELGAS.

Á UNA NIÑA.

Dicen que tú cuando nace
del día el primer albor,
la hermosa frente coronas
de flores con profusión.

Y que antes que nazca el día
baja al campo y pone Dios,
por coronarle de perlas
una perla en cada flor.

De tal honra agradecida
dicen que al salir el sol
al cielo mirando exclamas:
«¡Gracias, Dios mío, te doy!»

Y que después á las flores
de fragantísimo olor,
vas besando y las colocas
cerca de tu corazón.

Todo eso dicen las gentes,
y añado á lo dicho yo,
que quisiera ser la perla
de tu más querida flor.

JOSÉ F. SANMARTÍN Y AGUIRRE.

¡ALAS!

(IMITACIÓN DE VÍCTOR HUGO.)

Mis versos escaparían
á tu huerto encantador
si tuvieran alas ¡alas!
lo mismo que el ruiseñor.

Volarian como chispas
hacia tu hogar brillador
si tuvieran alas ¡alas!
lo mismo que el corazón.

Día y noche volarian
á tu lado sin temor
si tuvieran alas ¡alas!
como las tiene el amor.

NICANOR ZURICALDAY.

VENDEDORA DE ARENA EN CATALUÑA.

El dibujo que publicamos en la plana 12, tomado del natural, ofrece el espectáculo de una payesa de las que venden por las calles de Barcelona arena para fregar y asear las maderas. El pobre burro lleva con paciencia su carga, en tanto que su dueña se desgana voceando el género que vende. Este dibujo es uno más de la colección que nos proponemos publicar para dar á conocer los tipos más notables de las provincias de España.

REVISTA CIENTÍFICA É INDUSTRIAL.

II.

(CONCLUSIÓN.)

Unión de Francia á Inglaterra.—Renovación de la sangre humana.—Remedio nuevo para una enfermedad incurable.

La navegación de Francia é Inglaterra, aunque corta, es la más terrible de cuantas se conocen, y si fuese posible evitar las penalidades de esa travesía, alcanzarían los viajeros inmensos beneficios. De otra parte, el comercio entre las dos capitales mayores de Europa, París y Londres, también obtendría muchas ventajas, y como los resultados que se esperan de unir á Francia con Inglaterra, son grandes y numerosos, desde principios de nuestro siglo, ha habido ingenieros estudiando ese asunto en que se interesan ambos pueblos, y actualmente sus Gobiernos tienen comisionados científicos para que propongan medios á fin de realizar tan gigantesco proyecto.

En una de las sesiones de este año de la Academia de Ciencias de París ha leído M. de Sainte-Anne una Memoria describiendo un proyecto nuevo relativo á dicho asunto, la prensa científica de Londres de marzo último y de los primeros días del corriente mes también publica diversos trabajos sobre lo mismo y por todas partes discute lo que la gente culta los numerosos sistemas propuestos para unir las dos ciudades más importantes del mundo. Tan curiosa é interesante materia nos obliga á dar aquí cuenta, aunque con brevedad suma, de todos esos estudios.

M. de Saint-Anne propone construir en el canal, entre Francia é Inglaterra, una serie de pilares unidos por arcos, bajo los cuales podrían navegar libremente las embarcaciones pequeñas. Para los grandes bajeles se establecería una abertura suficiente, echándose encima un puente tubular. El *Comptes Rendus des séances de l'Académie des Sciences*, que es el periódico que suministra mayor número de detalles sobre dicha Memoria de Saint-Anne, no trae presupuesto alguno del coste de tales obras, cuya novedad está en los pormenores de la construcción, pues el pensamiento es parecido al de otros presentados con anterioridad por distintos ingenieros.

Hay uno que consiste en un viaducto que había de apoyarse sobre 190 torres, á 500 pies distantes unas de otras, y con la altura respectiva también de 500 pies cada una. El coste calculado de dicho proyecto importa de 3.000 millones de reales.

Muy recientemente, el ingeniero Boutet ha propuesto echar sobre el canal de la Mancha un puente de un solo arco de 30 kilómetros de longitud. Un puente de esas dimensiones recuerda, como dice M. Laurencin, el que une la tierra con el paraíso de Odin, sobre el cual pasan las almas de los valientes cuando caminan al Walhalla. Atendiendo, empero, á los inmensos gastos necesarios para ejecutar semejante obra, cuya resistencia todos juzgan problemática, M. Boutet la ha reducido á proporciones más modestas. Divide, pues, el estrecho en diez secciones por nueve pilares de mampostería que entre sí distan 3.000 metros respectivamente y sirven para sostener un puente colgante. Reducido y todo, tal proyecto es atrevidísimo; no obstante, los Gobiernos de Francia é Inglaterra han mandado que se examine mientras que también por su orden se practican estudios de un pensamiento opuesto por completo, el de unir ambos países con un túnel debajo del mar.

La idea de semejante túnel, propuesta recientemente de diversos modos por varias personas notables, fué emitida primero, el año de 1802, por un ingeniero de minas. Cuarenta y cuatro años después, MM. Franchoy y Tessier propusieron colocar sobre el fondo del mar un tubo enorme de hierro colado, para que circularan dentro los trenes sobre un ferro-carril. M. Payerne ideó nivelar el fondo del mar y construir encima del trayecto preparado así, una bóveda de mampostería cimentada, que formase un túnel viaducto submarino.

En 1857, el ingeniero M. Thomé de Gamond demostró la posibilidad de unir á Francia con Inglaterra por un túnel escavado en las masas de arcilla que forman el fondo del canal de la Mancha, haciendo arrancar dos galerías respectivamente del cabo Gris-Nez y de la punta de Eastware, que se unirían en el islote de Varne, donde proyectaba una estación central.

M. Hawkshaw también ha propuesto escavar una galería en el suelo debajo del mar y establecer dentro un túnel de hierro.

El ingeniero M. Beckett, comisionado por los Gobiernos de ambas naciones aludidas, ha publicado hace poco una Memoria referente á construir un túnel debajo del estrecho de Dover. En ella es de dictamen que solo habria que escavar una misma capa de terreno calcáreo, la cual, en su opinion, seria impermeable; juzga conveniente construir dos galerías paralelas para poner en cada cual una vía, y calcula el gasto en 250 millones de pesetas.

Los proyectos de Hue, Favre, Royd, Martin, Le Guay y otros, proponen el establecimiento de un túnel sub-marino, y varían de los que se han indicado solo en detalles de construccion. No nos detendremos, pues, en su reseña, y únicamente se añadirán todavía pocas palabras referentes á los sistemas de M. Fowler y de M. Burel, patrocinado el primero por la prensa científica inglesa, y el segundo por la de Francia, así como acerca del más reciente de todos, debido á MM. Bateman y Page.

Ninguno de esos últimos proyectos admite el pensamiento contenido en los demás que antes dejamos apuntados. Un puente de cualquier sistema que se adopte, ya el de Boutet, ya el tubular, ó ya bien otro distinto, seria siempre obra costosísima, así en la construccion, como en los gastos de entretenimiento. Las garantías de esos puentes relativas á su solidez, á su resistencia contra huracanes y tempestades, no es fácil poderlas calcular de un modo cierto, pues para esto faltan datos.

El construir un túnel debajo del mar es hacedero, y lo dicho del que se está terminando en el monte Genis testifica que las ciencias modernas son capaces de vencer cuantas dificultades la naturaleza ofrezca. Pero en el caso presente, la comarca de lo desconocido adquiere descomunales proporciones. En los Alpes, la determinacion geológica de los terrenos podia calcularse con exactitud casi matemática, y la presión de las masas de rocas es constante; pero ¿quién puede garantizar que las aguas con sus corrientes inconstantes y diversas no penetren alguna vez el túnel sub-marino y lleguen á inundarlo?

Cierto es que las galerías subterráneas de las minas de Cornuallia, en Inglaterra, están escavándose en terrenos que por larguissimas distancias tienen encima el mar; pero ¿no es sabido que bombas de fuerza inmensa extraen incesantemente de noche y de día, sin la más minima interrupcion en todo el año, las aguas de tales galerías, y sin embargo, á veces trabajan los mineros mojados hasta la cintura?

En fuerza, pues, de razonamientos de esa índole, y en virtud de otros muchos que se omiten, ha desechado M. Fowler, tanto la idea de construir un túnel sub-marino, como la de edificar un puente cualquiera, y copiando lo que se practica desde hace un año en el lago de Constanza, entre Rorschach, en el canton de San Gallen en Suiza, y Friedrichs hafen en Baviera, propone que los trenes del ferro-carril prosigan hasta colocarse sobre un ponton de vapor de grandes dimensiones, que navegará sobre el estrecho de una á otra ribera, donde respectivamente locomotoras arrastrarian los wagones hasta su destino, sin necesidad de trasbordo de viajeros ni de mercancías. Tales pontones habian de ser buques de vapor grandisimos, que pudiesen navegar siempre independientes de las mareas, de los vientos y de las olas. Exige el proyecto de Fowler la construccion de puertos á propósito, y estudiado detenidamente todo lo necesario; calcula, que para realizar su pensamiento, se exigiria un gasto de 200 millones de reales.

Los números del 19 y 26 del mes último del *Illustrated London News*, contienen varios grabados grandes, representando los puertos, buques, etc., ideados por Fowler, que acabamos de indicar.

El plan propuesto por M. Burel, reúne las ventajas propias de puente y túnel, formando sobre la mar un terraplen macizo para colocar encima una vía férrea. Su proyecto suprime casi totalmente el canal de la Mancha, y en consecuencia, es lo contrario de la obra de Lesseps; porque en lugar de atravesar un istmo, quiere establecer uno, ó más bien reconstruir el que, según enseña la geología, debió haber uncs ocho mil años há.

Dicho plan reproduce en proporciones gigantescas

trabajos análogos terminados con éxito feliz en la embocadura del Clyde en Escocia; del Sena, entre Ruan y Quilleboeuf; en Cherbourg de Francia, y en Folkstone de Inglaterra. Consiste en arrojar, arrancando de las riberas montones de rocas, siguiendo una línea determinada, sin solucion de continuidad. Las mareas depositan sobre tales piedras cuantas arenas y materias sólidas arrastran, y solas, despues de algun tiempo, forman un macizo firmisimo y en sumo grado estable. Sobre ese macizo se echan otras hileras de rocas, y así se continúa progresivamente, hasta alcanzar la necesaria elevacion.

No es obstáculo la profundidad de las aguas, pues sobre ser escasa la de las del canal de que se trata, en Cherbourg se ha formado un macizo cuya base está 34 metros bajo la superficie de la baja mar.

Entre los dos macizos se dejaria un espacio abierto con un kilómetro de ancho para el paso de bajeles. Reducido así el estrecho, quedaria trasformado en un canal de aguas tranquilas, con solo las corrientes regulares movidas alternativamente por las mareas.

Sobre este istmo artificial se estableceria un ferro-carril, y el espacio abierto lo cruzarian los trenes sobre grandes pontones colocados encima de buques de vapor.

El gasto total está calculado en 230 millones de pesetas; pero de esa suma hay que deducir la venta de los terrenos que se quitan al mar, con lo que, en vez de desembolsos, resulta una ganancia de más de 100 millones de pesetas.

El proyecto de Bateman y Page, ingenieros constructores del segundo túnel, debajo del Támesis, entre Tower-hill y Vine-Street, concluido y abierto para el tránsito público, hace pocos dias, no es más que el establecimiento de otro análogo, que una los dos puntos menos distantes entre Inglaterra y Francia. Dicho nuevo túnel solo ha costado 18.000 libras esterlinas y se ha terminado en dos años, mientras que Brunel invirtió diez en construir el primitivo túnel del Támesis, tan universalmente célebre. El plan aludido para enlazar á Francia con Inglaterra, consiste en edificar ocho torres ó pozos en la direccion indicada del canal de la Mancha, y unir las en su base con tubos de hierro, arrojados y asentados sobre el fondo del mar. Estos tubos se fijan estando los obreros colocados en una gran campana de buzo, y ya tendida la tubería, enlazada y en el sitio oportuno, se cubre exteriormente con obra de piedra y cemento de una altura de 30 piés. La prensa científica de Londres del 2 del actual mes de abril, publica los detalles del proyecto indicado, para cuya ejecucion presentan un presupuesto que no escude de la cantidad de 700 millones de reales, quedando obligados los ingenieros susodichos á concluir todos los trabajos antes de que espire un plazo de cinco años.

Tales son los proyectos gigantescos que actualmente están tan en boga. Alguno de esos pronto ha de verse realizado, y así contará nuestra civilizacion otra brillante victoria, las ciencias aplicadas un nuevo monumento glorioso, y una grandisima maravilla más el siglo XIX.

El doctor Ladislav de Belina ha publicado últimamente en Heidelberg trabajos muy notables sobre la trasfusión de la sangre, y como interesa tanto todo lo relativo á la vida, juzgamos oportuno poner aquí pocas palabras acerca de dicho asunto.

Hasta la época de Harvey, la opinion de todos los sabios era que la vida reside únicamente en la sangre. Los héroes de Homero exhalaban el alma con la sangre, y para los demás pueblos de la antigüedad, el sacrificio de la vida ó derramar la sangre eran frases sinónimas. Hasta un versículo de la Biblia dice: *La vida de toda carne está en la sangre*.

Creíase que en el corazón, colocado en medio de nuestro pecho, se engendraba la sangre, y que este líquido se propagaba, por fuerza centrífuga, hasta las venas y arterias. Aun cuando entonces dicha viscera se consideraba como la principal del cuerpo humano, nadie, empero, sabia con exactitud que desde el punto de vista dinámico, el corazón es el motor más maravilloso de cuantos se conocen. El catedrático inglés Houghton, ha publicado, en el núm. 10 del periódico

científico *Nature*, un trabajo sobre la fuerza del corazón humano, en el que demuestra que la energía de dicho miembro es igual á la tercera parte de la potencia total diaria de todos los músculos reunidos de un hombre robusto. El corazón desempeña tres veces más cantidad de trabajo, en peso igual, que la de los músculos cuando un hombre está remando, y veinte veces más que cuando se sube una escalera. Tiene el corazón una fuerza siete veces mayor que la de las máquinas más poderosas inventadas por el génio del hombre.

Tal miembro, empero, ni engendra la sangre, ni la propaga desde su centro á la periferia, como los antiguos creían, sino que sirve para ponerla en circulación, según el prodigioso descubrimiento de Harvey, quien estableció que dicho líquido se mueve en un mismo círculo, así como los planetas atraviesan los espacios recorriendo la misma órbita.

Desde que se hizo ese descubrimiento, brotó la idea de la trasfusión de la sangre. Si ésta vuelve al corazón y se distribuye por todo el cuerpo, ¿qué cosa más natural que introducirla en los enfermos? Así esperaban curar todas las dolencias, devolver la salud por completo, y aun quizás prolongar indefinidamente la humana vida. La ciencia, en aquella época, creyó con loco orgullo que habia penetrado el secreto de la vida, y que ya habia llegado el instante de dominar en absoluto á la naturaleza.

Arrancando entonces los médicos, como en los primeros tiempos de la creencia, que el único principio de vida está en la sangre, trabajaban á su manera en discusiones escolásticas, y despues de luchas estériles, sin lograr ningun resultado práctico, llegó á desacreditarse por completo la idea de la trasfusión, la que hicieron desterrar condenándola por mucho tiempo á profundo olvido.

Mas con el desenvolvimiento del progreso general de las ciencias, la trasfusión ha vuelto á reaparecer engrandecida y trasformada, no para realizar las locas esperanzas que de ella se concibieron al principio, sino para resolver muchos problemas referentes al cuerpo humano, así en estado saludable, como enfermo.

Los principios en que hoy en día se funda esa gran operacion, están sólidamente establecidos, y las funciones de la sangre también se hallan por otra parte determinadas de un modo preciso. Sábese que la vida reside en cada fragmento de nuestro ser; pero que aun viviendo independientes, todos necesitan de una manera indispensable el concurso de la sangre, así la masa nerviosa, como la carne de los músculos y el tegido glandular.

La trasfusión, según ha demostrado en Heidelberg el doctor citado arriba, ya no es un remedio empírico, sino un procedimiento racional que la ciencia enseña. Si se emplea para investigaciones científicas descubre los secretos más misteriosos de la organizacion; demuestra que cada elemento del organismo vive por sí propio, pero también que todos arrancan de la sangre sus condiciones de actividad.

En el arte de curar, la trasfusión de la sangre es remedio heroico contra las hemorragias arteriales y contra las pérdidas sanguíneas que sobrevienen despues del parto. En casos semejantes, como los elementos del tegido nervioso, como los músculos y las glándulas están en regla, la sangre les infunde nueva vida y sirve lo mismo que echar aceite á una lámpara en que las ruedas de su máquina no estén rotas.

Por la inversa, cuando glándulas, músculos y nervios están alterados primitivamente, de manera que produzcan pérdidas de sangre, entonces la trasfusión no puede servir de remedio, porque vendria á dar el mismo resultado que si echásemos aceite en un quinqué con ruedas rotas ó con la máquina en su estructura interior, descompuesta ó desorganizada, ya mucho, ya poco.

Mas no solo sirve la trasfusión para reponer en los enfermos las pérdidas de sangre, sino que también se emplea ventajosamente para reemplazarla cuando está viciada. Se utiliza, por ejemplo, con buen éxito, para combatir el envenenamiento por el óxido de carbono. Este gas, que se forma ardiendo el carbon en el aire atmosférico, es un veneno enérgico. Si se aspira, aun en corta cantidad, produce la muerte, merced á un mecanismo que está bien definido: el óxido de carbono en contacto con la sangre reemplaza el oxí-

geno y forma una combinación impropia para sostener la vida. Sucede, pues, que en breve los elementos constitutivos de los órganos cesan en sus funciones y mueren lo mismo que si sobreviniese una hemorragia arterial. En las primeras horas inmediatas a la intoxicación solo se interesan los glóbulos de la sangre, permaneciendo inalterables los demás tejidos orgánicos; así, pues, para restablecer la salud basta desocupar el sistema vascular y reemplazar la envenenada con sangre nueva, y acto continuo vuelve a recuperarse la vida.

Véase, pues, en el par de ejemplos que entre muchos otros únicamente hemos referido, cuán profunda es la trascendencia de la trasfusión de la sangre, la cual, si bien desprovista de las exorbitantes pretensiones de tiempos antiguos, encaminadas a infundir vida indefinida y eterna, representa, no obstante, hoy en día, papel importantísimo, resuelve satisfactoriamente áridos problemas, y presta grandes y dilatados servicios a la humanidad y a las ciencias.

Nadie ignora que la medicina es impotente para curar ese tumor maligno llamado cáncer, tanto más terrible y horroroso, cuanto que puede presentarse en cualquier tejido, en cualquier órgano del humano cuerpo. Lo único eficaz, hasta cierto punto, en las afecciones cancerosas, es recurrir a medios quirúrgicos combatiendo la enfermedad, ya con la cauterización, ya practicando amputaciones, ó ya bien ejerciendo la compresión, que solo es aplicable en ciertos casos.

Natural es, pues, el gran interés producido por el mero anuncio de haberse descubierto un medicamento que prevenga y combata la causa local que origina tan espantosa dolencia. El *Nacional* de Quito, en uno de sus números llegados últimamente, publica una comunicación oficial del gobernador de Pichincha, donde se anuncia que el doctor Casares (don Camilo) ha encontrado una planta llamada allí vulgarmente *cundurango*, que viene ensayando desde hace años en las afecciones cancerosas, las que cura de una manera radical y perfecta. Dicha planta, de la que aplica un cocimiento, se halla en la provincia de Loja de la república del Ecuador, cuyo Gobierno ha mandado que una comisión compuesta de los médicos de más nombradía informe sobre tan interesante asunto.

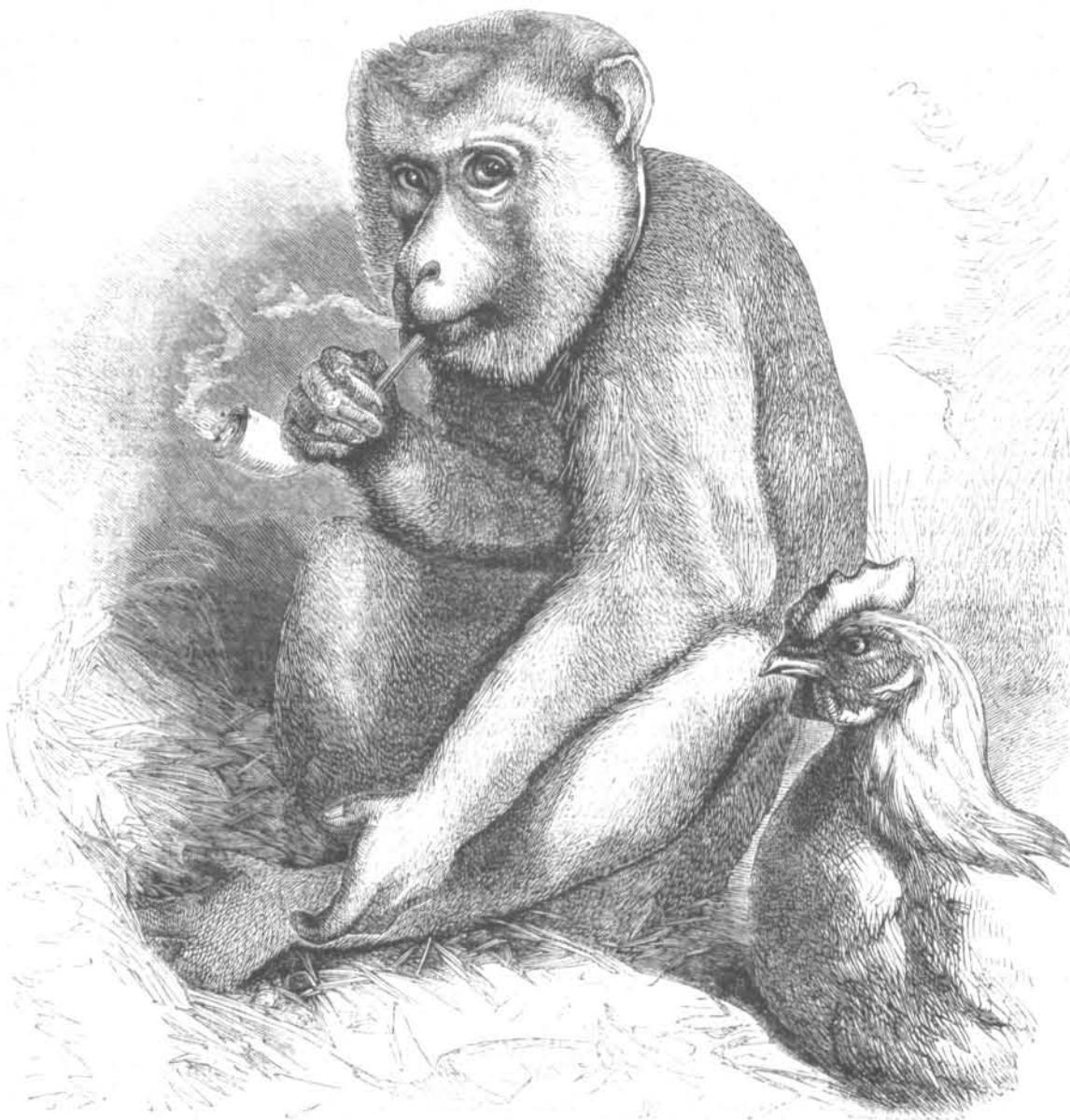
Hagamos votos para que se confirme la eficacia del nuevo medicamento y que se logren medios de estirpar esa enfermedad cruel, que tantas víctimas conduce al sepulcro.

EMILIO HUELIN.

UN HUÉSPED DEL JARDIN ZOOLOGICO

DE LONDRES.

Entre las numerosas y variadas especies de animales que encierra el jardín de la sociedad zoológica de Londres, es digna de particular mención la mona cuya figura ofrecemos a nuestros lectores en esta misma página.



LA MONA JENNY.

Jenny, que así se llama este raro animal, pertenece a una familia desconocida hasta ahora por los naturalistas, y es originaria de las islas de Andaman, situadas en el golfo de Bengala. Después de habersele domesticado a bordo de uno de los guarda-

una botella de cerveza y bebiósele a *chorro*, como vulgarmente se dice, con toda la *monería* que pueden suponer nuestros lectores. Es, además, el primer animal de los de su especie que ha llegado a fumar en pipa.

costas de la real marina inglesa, pasó a manos de los jefes del ejército expedicionario de Abisinia, en cuya campaña se distinguió por su arrojo y bravura en los combates.

Terminada la guerra, fué adquirida por algunos particulares, que la educaron con el mayor esmero, si así puede decirse, quienes la han regalado no há mucho a la sociedad antes mencionada.

Jenny tiene tres pies de altura, y a primera vista se la confunde con el *macacus nemestrinus*; pero examinada detenidamente, se distingue de la referida especie por la abundante y finísima cabellera que en forma de triángulo le cubre la parte superior de la frente, cayéndole caprichosa y simétricamente por detrás de la oreja.

Es además sumamente sociable, y vive en compañía de un gallo, del cual no se separa un solo instante. Esta mona, que hoy más que nunca llama la atención de los curiosos, camina casi siempre sobre sus patas traseras con suma facilidad. Entre las muchas y sorprendentes habilidades que ejecuta, merece citarse, por lo grotesca, la de destapar

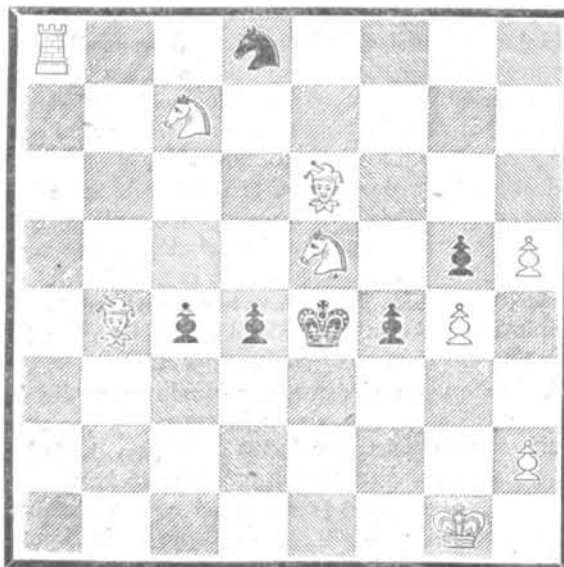
AJEDREZ.

SOLUCION DEL PROBLEMA NÚM. 7.

1. P 6ª Rª P toma P
2. Rª toma P 6ª Rª jaque Uno de los dos C toma Rª
3. C 5ª ARª o 5ª Rª, según, jaque-mate.

PROBLEMA NÚM. 8.

NEGROS.



BLANCOS.

Los blancos dan jaque-mate en tres jugadas.

En las oficinas de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA y de LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA, calle del Arenal, núm. 16. Madrid, se admiten suscripciones a cuantos periódicos de París se soliciten, y de los de Madrid a los siguientes:

La Correspondencia de España.
La Opinion Nacional.
La Integridad.
La Patria.
La Época.
La Igualdad.
El Pensamiento Español.
La Discusion.
El Diario Español.
La Regeneracion.
Gil Blas.
El Puente de Alcolea.

El Universal.
Boletín Diplomático.
Diario de Avisos de Madrid.
Gaceta de Madrid.
Gaceta de los Caminos de Hierro.
El Cascabel.
La Política.
La Esperanza.
La Revista de España.
El País.
Los Niños.

Los señores suscritores a nuestros periódicos LA ILUSTRACION ó LA MODA en América, pueden hacer las suscripciones que gusten a los periódicos y obras antes mencionados, por medio de los señores Agentes de esta empresa.

MADRID.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE LA ILUSTRACION,
CALLE DEL ARENAL, NÚM. 16.